La conquista del ESPACIO

EL COMPRADOR DE AVENTURAS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

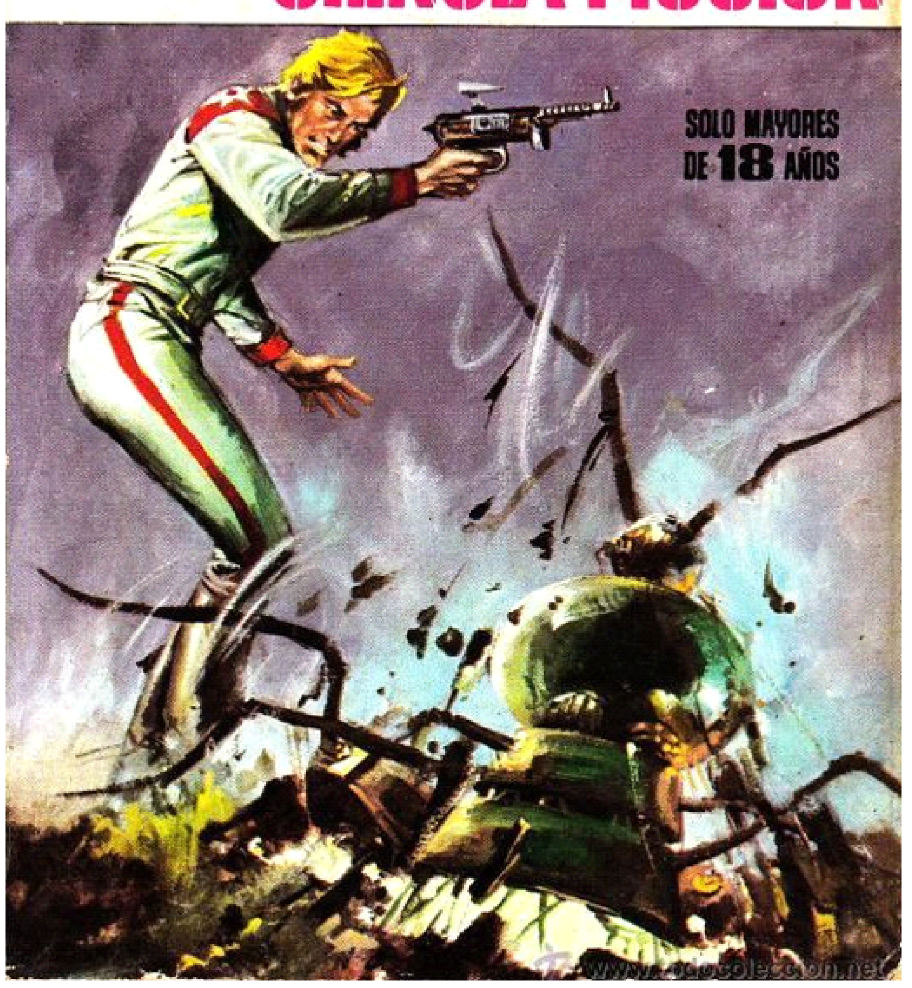


La conquista del ESPACIO

EL COMPRADOR DE AVENTURAS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

504 — *Misión 1/1000* - Clark Carrados

505 — *Robo en el planeta salvaje* - Ralph Barby

506 — *El mayor diamante del universo* - Joseph Berna

507 — *Regresaron al futuro* - A. Thorkent

508 — *Colmillos en la galaxia* - Ralph Barby

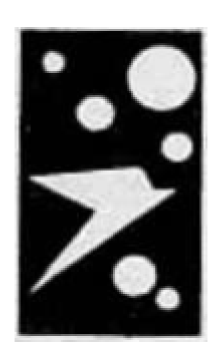
GLENN PARRISH

EL COMPRADOR DE AVENTURAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 509

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 8.499 -1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1980

CAPITULO PRIMERO

Se tropezó con él casualmente. Band no lo había visto siquiera, fija su atención en una hermosa mujer de pelo color de bronce y piel canela. El hecho de que fuese al encuentro de una mujer también muy atractiva, no significaba que Rand no pudiera admirar a todas las que veía en su camino.

Por eso no vio al hombre hasta que fue demasiado tarde. Tropezó con él y se disculpó instantáneamente.

—Perdón…

—¡Basura! —dijo el otro.

Rand se fijó entonces en la lujosa indumentaria del sujeto, rematada por el triángulo de oro que se veía en el lado izquierdo de su pecho. Era un Clase A, a dos escalones tan sólo de la Clase 3 A. Un tipo importante, en suma.

—Ruego a su magnificencia que sirva disculparme —dijo Rand—. Soy merecedor de los más severos castigos, por la abominable acción que he cometido. Disculpad, señor; creo que os he manchado…

Las manos de Rand se movieron como si limpiasen el polvo de la ropa del afectado individuo. El otro le separó con gesto desdeñoso.

—Aparta, montón de desperdicios —le apostrofó.

Y siguió su camino.

Rand se guiñó un ojo a sí mismo. «Soy el hombre de los dedos más finos y veloces del siglo XXV», pensó, mientras continuaba su camino.

El era un 3 C, con los triángulos de color rojo y hacia abajo, lo cual significaba que no había querido aceptar un empleo retribuido y que, en la escala de clases de aquella época, ocupaba uno de los puestos más bajos. La Clase C tenía derecho, en sus tres divisiones, a los triángulos rojos. Los de la clase B podían llegar a los triángulos azules. Cuando alguno conseguía alcanzar la clase A, ya podía usar los triángulos dorados, uno, dos o tres, según su categoría. Pero había

muy pocos que ostentaran los tres triángulos de oro. Aquel relamido sujeto de un solo triángulo debía de ser poco menos que ministro o algo por el estilo.

Y Rand le había gastado una jugarreta de a puño.

Entró en un local donde se expedían bebidas, antiguamente llamados bares o tabernas. Fue a los lavabos y examinó la billetera de Clase A. Dejó la documentación y otros efectos personales a un lado. Concentró su atención en el resto.

—¡Ahí va! —silbó.

Encontró una libreta completamente nueva de cupones de bebida, veinte billetes de cien, seis de mil y cuatro de cien mil. Volvió a silbar.

Le preocuparon los cuatro billetes grandes. Eran nominales y nadie más que el propietario podía usarlos. A cualquier parte que fuese a cambiarlos o a comprar algo con uno de ellos, le aplicarían la identificación molecular. Como no podría demostrar que eran suyos, lo arrestarían inmediatamente, y Rand no sentía el menor deseo de acabar en una granja de «renacimiento».

Allí le remodelarían de nuevo y volverían a empezar prácticamente en la fecha de su nacimiento, por supuesto, borrada de su mente toda idea de libertad, independencia e iniciativa personal. Horrendas máquinas sondearían su mente y le acondicionarían psíquicamente para efectuar una determinada clase de tarea. Lo peor de todo no era efectuar esa tarea, sino que los inventores de tales maquinitas tenían mucho de sádicos. Un «renacido» podía recordar perfectamente todo lo que había sido, pero le era imposible volver a sus hábitos anteriores. Cada vez que lo intentaba, sufría unos espantosos shocks mentales que, en algunos casos, acababan en la muerte del sujeto.

Pero Rand era un veterano en el oficio, a pesar de su juventud. Podía estar ya en la clase A, con un solo triángulo, y, sin embargo, prefería su independencia, que le permitía vivir sin ataduras ni trabas sociales. Por la misma razón, Rand conocía a la persona que le daría cincuenta mil por los cuatro billetes grandes y no le haría preguntas sobre su procedencia. El comprador, naturalmente, modificaría la fórmula molecular y…

En aquel mundo espantosamente burocratizado, con leyes que preveían el menor de los movimientos de las personas, los legisladores, sin embargo, habían olvidado algo fundamental: las leyes

estaban hechas por seres humanos y eran seres humanos los que debían acatarlas... o saltárselas a la torera.

Estos eran los menos y Rand pertenecía a la clase de los que se pasaban las leyes por la entrepierna. Por lo menos, alguna de ellas, porque nunca había matado ni causado daños físicos a las personas. Pero en lo que se refería a apoderarse de lo ajeno, las cosas eran muy distintas.

A Rand le gustaba vivir así, un poco a salto de mata. Y se sentía totalmente feliz.

Dejó la billetera con la documentación sobre uno de los lavabos. Alguien la encontraría y la remitiría a su dueño. Los billetes fueron a parar a sus bolsillos. Luego, Rand se encaminó a su cita.

* * *

Ella suspiraba y gemía como una adolescente. Rand se sentía admirado de la densidad de la pasión de aquella mujer, que ya había alcanzado los sesenta años, pero que, gracias a los prodigios de la medicina del siglo XXV, poseía la figura de una mujer con treinta años menos. Y demostraba el fuego de la chica de veinte.

Al fin, la mujer, agotada, se relajó.

—Querido... Eres tan maravilloso... —dijo a la vez que le acariciaba el rostro.

Rand sonrió a la vez que se ponía de pie.

—¿Quieres algo de beber? —sugirió.

—Sí, amorcito...

Rand fue a la sala donde había dejado las ropas y se vistió en unos segundos. Aunque había gozado con la mujer, no estaba allí precisamente para enriquecer sus recuerdos con una nueva aventura amorosa.

—¡En seguida voy! —gritó—. Estoy preparando una bebida de mi invención. Tiene que reposar cinco minutos antes de que se pueda tomar.

—No te preocupes, Duffy —contestó ella lánguidamente.

Lo que menos pensaba Rand en aquellos momentos era en preparar la bebida. Sus dedos ágiles, sensibles como los tentáculos de un pulpo, estaban manipulando en la caja fuerte que había empotrada en el muro. Le costó menos de dos minutos abrir la puerta circular.

Sus ojos chispearon tanto como las piedras que había en el interior de la caja fuerte. En silencio, «traspasó» a sus bolsillos una enorme pulsera de diamantes, un descomunal colgante de rubíes y un reloj cuya caja era un colosal brillante marciano, casi tan grande como un puño. Había también un fajo de billetes de mil y se lo guardó sin ningún escrúpulo y, por supuesto, en absolutos silencio.

No le remordió la conciencia, la mujer era sobradamente rica, aunque sólo pertenecía a la primera categoría de la Clase B. Podía comprar mil veces aquellas joyas y su fortuna apenas menguaría. En un siglo en el que la propaganda oficial hablaba a todas horas de igualitarismo, seguía habiendo personas ricas, menos ricas, pobres y pobrísimas, como en épocas pasadas.

Cuatro minutos más tarde, abrió la puerta sigilosamente y se marchó.

La mujer, extrañada, se levantó diez minutos después. Empezó a comprender que algo no marchaba bien cuando se dio cuenta de que su apasionado amante había levantado el vuelo.

Para entonces, Rand ya estaba muy lejos. Primero usó su propulsor individual, un cinturón ancho de diez centímetros y uno de grueso, que proporcionaba el campo antigravitatorio suficiente para desplazarse sin necesidad de mover las piernas. Luego pasó a una acera móvil de treinta kilómetros por hora.

Tenía que entrevistarse con el comprador. El día no había podido ser más fructífero. A partir de ahora, podría pasar una larga temporada sin necesidad de trabajar.

De repente, le pareció que le seguían.

Volvió la cabeza un instante. Sí, allí estaba el odiado capitán Bückhendorf, el hombre que había jurado enviarle a un campo de «renacimiento» a la primera ocasión que se le presentase. Más de una vez, Bückhendorf le había echado el guante, pero nunca había podido pillarle encima nada que pudiese comprometerle.

Ahora las cosas podían ser muy distintas. Aún llevaba encima los billetes robados al Clase A.

Los cuatro billetes de cien mil le quemaban como fuego vivo, pero no podía soltarlos así, por las buenas, en medio de la calle. Le verían muchos y, naturalmente, también le vería Bückhendorf. El Clase A, se dijo, había notado muy pronto la pérdida de su billetera. Inmediatamente, lo habría denunciado en la próxima comisaría de policía.

Los ordenadores habrían entrado en acción instantáneamente. Antes de cinco minutos se habría recibido la respuesta. En ella se incluía la orden de designar a Bückhendorf para dar caza al ladrón.

—Malditas computadoras, lo saben todo —masculló Rand.

Aceleró ligeramente el paso. Bückhendorf se mantuvo a distancia.

Por un momento, Rando pensó en volverse y atizarle unos cuantos golpes. Pero no era su método y, por otra parte, Bückhendorf no tenía nada de manco. No, atacar al policía no era solución.

El propulsor del capitán era doble de rápido que el suyo. Lo alcanzaría a cualquier parte que fuese.

De pronto se preguntó por qué no le detenía. La respuesta era obvia: le seguía para localizar al comprador y enviarlo también a «renacimiento».

Mantuvo una marcha normal, sin intentar ya despistar a Bückhendorf. De pronto, vio un edificio ante el que se agolpaba un gran gentío.

* * *

Provisto de un gran megáfono, el hombre que estaba ante la puerta voceaba las maravillas que podían encontrarse en aquel lugar:

—¡Vengan, entren, compren su aventura! ¡Alístese con Colón para descubrir América! Pueden enrolarse en un barco pirata del siglo XVIII; también pueden vivir la emocionante existencia de un legionario romano en las guerras púnicas, peleando contra los cartagineses. Conviértase en un sultán de la Sublime Puerta y disfrute de su harén de seiscientas hermosas odaliscas. Pueden convertirse en soldados SS. Si le gusta la sangre, sea verdugo de la Francia de la Revolución y haga funcionar la guillotina una y mil veces… Lance la primera bomba atómica sobre Japón, linche a los negros del Sur de Estados Unidos, conviértase en soldado de caballería peleando contra

los indios sioux y hágase sioux y arranque cabelleras a los colonos... Parta a la conquista de nuevos mundos por el espacio, si no le gusta la historia antigua... A usted, caballero, ¿no le gustaría colonizar un planeta desconocido? Y usted, hermosa señora ¿no desearía ser Mesalina y tener cientos de amantes? Joven, hazte torero y sentirás la emoción de luchar con un toro en la arena... Usted, muchacha, busque diversión, emoción, placeres... Sea Juana de Arco antes de morir en la hoguera... ¿Quién no desearía vivir una aventura pornográfica «real» y no fingida como en los filmes y revistas? Pero si desea mayor emoción, compre nuestra aventura señalada con la X de incógnita... Vaya al azar, sin pensárselo dos veces...

Rand decidió no pensárselo dos veces. Bückhendorf estaba ya casi encima.

A codazo limpio, se abrió paso entre los embobados oyentes del charlatán y penetró en el edificio donde se vendían aventuras. Bückhendorf, pensó, no se atrevería a seguirle. Una aventura era algo sagrado y nadie se atrevería a interferir en las acciones de su protagonista, salvo los personajes que pudieran encontrarse en el transcurso de la misma.

Si conseguía llegar a una de las cabinas de partida, estaba salvado.

Alcanzó la taquilla.

—Déme una cassette —pidió.

—¿Qué clase de aventura, señor? —consultó la vendedora.

—Cualquiera, lo mismo da.

Ella sonrió y le entregó una tableta que medía casi ochenta centímetros de largo por cuarenta de ancho y cinco de grueso.

—Una aventura X, señor —dijo—. Son cinco mil unidades.

—Está bien.

Rand puso un puñado de billetes en el mostrador y echó a correr por el enorme vestíbulo. Volvió la cabeza una vez. No se divisaba a Bückhendorf.

Buscó desesperadamente una cabina libre. Había muchas luces rojas en las entradas. De pronto, divisó una luz verde y se metió allí

sin vacilar.

Cuando cerraba vio a Bückhendorf que corría frenéticamente hacia él. Rand cerró, insertó la tableta en la ranura correspondiente y presionó el botón de contacto.

—Adiós, capitán —dijo burlonamente.

Bückhendorf se detuvo, frustrado, maldiciendo en su interior. Una vez más había sido burlado por Rand. A saber el tiempo que tardaría en regresar, se dijo desanimadamente.

Lo mismo podía estar en el otro «lado» que quedarse allí para toda la vida. No era el primero que lo hacía, harto de una vida reglamentada hasta el absurdo.

De súbito se produjo un gran revuelo en la entrada.

La voz del pregonero se apagó. Otra voz ordenó a todos los presentes que se dispersaran. Un pelotón de policías de uniforme penetró en el gran vestíbulo.

Iban al mando de un sargento, quien llevaba en las manos una serie de papeles que empezó a pegar en las puertas de las cabinas de partida. Curioso, Bückhendorf se acercó al policía.

—Sargento, soy el capitán Bückhendorf —se presentó a la vez que enseñaba la documentación—. ¿Puede decirme qué sucede?

El sargento se volvió y saludó respetuosamente. Bückhendorf era un Clase B, de dos triángulos azules.

—Este local ha sido clausurado, señor —informó—. El dueño se ha declarado en quiebra y los acreedores han conseguido del juez un decreto de embargo. Todo lo que hay aquí, será vendido en pública subasta.

—¿Incluso las cabinas de partida?

—Sí, señor.

—Pero los compradores de aventuras…

—Los compradores de aventuras parten a su riesgo y toda responsabilidad por cualquier cosa que les pueda suceder es enteramente suya. El riesgo de no volver figura entre los cubiertos por la póliza de salvaguardia contratada con el vendedor, cualquiera que

sea la causa que impida ese regreso, señor —informó meticulosamente el sargento.

Bückhendorf emitió una ladina sonrisa.

—Muchas gracias, sargento —se despidió.

—A sus órdenes, capitán.

El sargento continuó pegando en las puertas copias del decreto de embargo. Bückhendorf, ya sin prisas, se dirigió hacia la salida.

Una vez en la puerta, que estaba despejada, se volvió y llevó dos dedos a la sien.

—Duffern Rand, alias Duffy, adiós para siempre. Acabo de quitarme de encima un peso enorme.

Sonriendo satisfecho, Bückhendorf echó a andar hacia la próxima cinta deslizante, a fin de emitir su informe sobre el caso. Rand ya no le quitaría más el sueño.

CAPITULO II

Rand atravesó una invisible barrera, en la que no había luz, aunque sí unos sonidos bramadores, que le ensordecieron durante unos instantes. Pero el padecimiento auditivo no fue excesivamente largo.

De pronto, se encontró rodando sobre un suelo herboso. Miró a su alrededor, sacudiendo la cabeza para alejar de sí aquel ligero aturdimiento causado por el viaje instantáneo..., ¿adónde?

Parecía un paisaje terrestre, aunque los árboles que pudo ver tenían formas distintas. La hierba abundaba y era igual a la de la Tierra, pero las flores silvestres le resultaron completamente nuevas.

La atmósfera era sana, vigorizante, tan distinta de la que había respirado hasta hacía unos minutos. A pesar de todos los adelantos técnicos, en la Tierra no se había conseguido eliminar aún las consecuencias de la contaminación ambiental de finales del siglo XX y principios del XXI. En aquel mundo desconocido, se dijo, no debían conocer las «ventajas» de la civilización industrial.

Delante de él vio un rectángulo gris, opaco, inconsistente en apariencia. Aquélla era la puerta de la cabina de entrada en la aventura que había comprado. En cualquier momento, le bastaría dar un salto a través del rectángulo, para regresar a la cabina y hallarse en su mundo de nuevo.

Era pronto todavía. Bückhendorf no podía entrar allí, pero sí podía destacar un par de policías que se relevasen continua y periódicamente para arrestarle cuando se decidiera a salir. Y Bückhendorf era muy capaz de esperar diez años seguidos, con tal de echarle el guante.

Se puso en pie y sacó la lengua en dirección a la puerta. De pronto, notó cierto peso en los bolsillos.

Debía esconder aquel botín obtenido en aquel día tan fructuoso. Miró a su alrededor y divisó un amontonamiento de rocas, hacia el cual se encaminó sin vacilar.

—Si lo llego a saber, me traigo algo de equipo... —murmuró.

El roquedal era bastante grande y extenso, y se hallaba rematado por dos monolitos redondeados por la erosión, que le recordaron los dedos índice y medio de una mano humana, aunque aumentados varios cientos de veces. Como fuera, era un excelente punto de

referencia.

Encontró un hueco profundo entre las rocas y guardó allí las joyas y el dinero. Luego se irguió y dirigió la mirada hacia la puerta, calculando la distancia y el ángulo visual, para grabar ambos datos en su memoria, Al cabo de unos segundos, rompió la marcha.

Estaba cerca de la cumbre de una loma, de suaves laderas, junto a cuya base corría un río de transparentes aguas. De momento, no divisaba el menor signo de civilización. Quizá se trataba de un planeta deshabitado.

Había agua. Si conseguía comida, y no dudaba de que encontraría frutos comestibles, resultaría divertido pasar una buena temporada haciendo vida de Robinson. ¿O de Tarzán de los Monos?

Mientras caminaba ladera abajo, se preguntó cuál era el contenido de la cassette de la aventura que había comprado. Ni siquiera se le había ocurrido consultar la sinopsis del argumento, impresa en una de las caras de la tableta. Claro que Bückhendorf no le había dado muchas oportunidades.

Hacía una buena temperatura y se quitó la chaquetilla corta, quedándose solamente con la camisa y los pantalones ceñidos, que tenían el calzado incorporado. Llegó al río, se acuclilló, tomó unos sorbos de agua en el hueco de la mano y luego se mojó la cara.

Al terminar se levantó. ¿Hacia dónde iría? De repente, vio a la mujer.

* * *

El corazón le palpitó aceleradamente. Ella estaba a unos veinte pasos, acuclillada, con el venablo en la mano, las piernas sumergidas en el río, en apariencia dispuesta a ensartar un pez con aquel palo afilado.

Parecía joven. Tenía el pelo negro, largo, suelto, y vestía una especie de mono de manga y perneras cortas. El calzado consistía en unas botas blandas, que llegaban hasta la pantorrilla. Pendiente de su cinturón llevaba un cuchillo de ominosas dimensiones.

Ella no le había visto todavía. Tampoco había visto a la fiera que se le acercaba insidiosamente por detrás, un animal horrible, con una forma como jamás hubiera podido imaginar un terrestre.

Era una serpiente de la mitad para atrás. La mitad delantera se dividía en dos cuerpos cilíndricos, de unos cuatro metros de largo, rematados en sendas bocazas, armadas con unos dientes triangulares, tan afilados como navajas de afeitar.

Pero lo más horrible de todo era que bajo los cráneos asomaban una especie de brazos, dos por cada mitad delantera, muy semejantes a los humanos, aunque con garras de felino. El color de la bestia era marrón, tirando a rojizo. Sus movimientos eran absolutamente silenciosos.

La joven, entretenida en su tarea, no se había percatado de la inminencia del ataque. Rand se dijo que no había más que una solución..

Entró en el río, se agachó, cogió un grueso canto rodado y lo disparó con todas sus fuerzas. Mientras la piedra volaba, lanzó un agudo grito.

El proyectil alcanzó a la serpiente doble en una de sus cabezas, que se agitó horriblemente. La joven se volvió en el acto.

El animal, pese a todo, se lanzó a la carga. Ella dio un paso atrás y sacó el cuchillo.

Rand se quedó atónito. La joven movió velocísimamente su mano derecha. En otros tantos segundos, dos cabezas volaban por los aires, separadas de los troncos respectivos por sendos tajos. Arrojando ríos de sangre por los cuellos amputados, la serpiente cayó a tierra y se agitó convulsivamente unos momentos, antes de quedarse quieta.

Ella le miró fijamente. Al cabo de unos segundos, metió el cuchillo en el agua, lo limpió de sangre y lo guardó de nuevo en su vaina. Inmediatamente, recobró el venablo.

Rand se acercó a ella, con las manos levantadas.

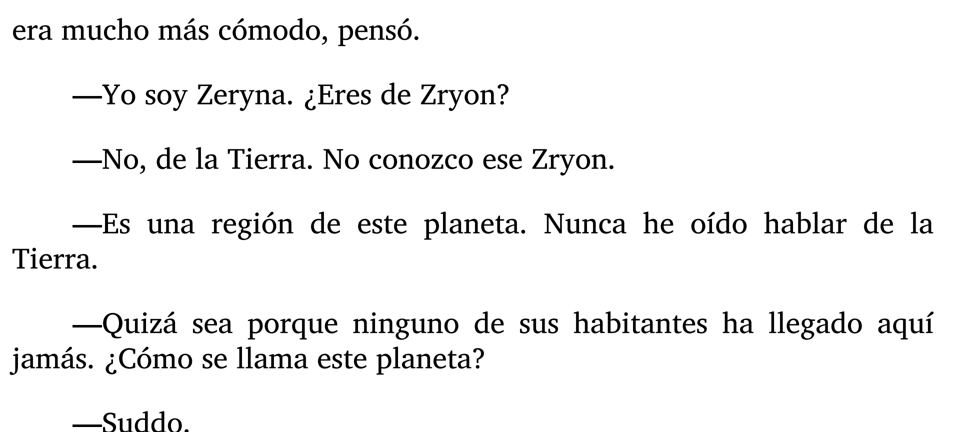
—Paz —dijo—. Soy amigo, no enemigo.

La joven sonrió.

—Paz —repitió—. Me has salvado la vida. Soy tu amiga.

Rand parpadeó. Aquella hermosa joven hablaba su propio idioma.

—Mi nombre es… Duffy —dijo el terrestre. Emplearía el apodo,



era mucho más cómodo, pensó.

—Yo soy Zeryna. ¿Eres de Zryon?

—No, de la Tierra. No conozco ese Zryon.

—Es una región de este planeta. Nunca he oído hablar de la Tierra.

—Quizá sea porque ninguno de sus habitantes ha llegado aquí jamás. ¿Cómo se llama este planeta?

—Suddo.

—Gracias. Estabas pescando, parece.

—Sí, necesito comida.

—Me gustaría ayudarte. Yo no sé pescar... al menos con venablo.

—No te preocupes. Habrá comida para los dos. Claro que si no, encontrase peces podríamos comer carne de la fiera.

Rand se estremeció.

—Prefiero desearte suerte con el venablo —sonrió.

Zeryna volvió a meterse en el río.

—¿Qué haces en Subbo, Duffy? —preguntó.

—Pues..., digamos que turismo —contestó él.

—¿Qué es eso? Nunca he oído semejante palabra.

—Turismo es... viajar por placer, para conocer lugares nuevos.

—Ah... Muy interesante...

De súbito, Zeryna disparó en venablo y lo sacó. Un pez de cuatro o cinco kilos se agitaba frenéticamente, ensartado por el centro del cuerpo. Ella salió corriendo y sacudió el venablo, para que el pez cayera sobre la hierba.

—Ya tenemos comida —exclamó alegremente.

Rand miró con aprensión al pez.

—¿Lo comeremos crudo?

—No, hombre; encenderemos fuego y lo asaremos. Pero no aquí, claro.

Zeryna decapitó al pez y lo limpió, rápida y eficientemente. Luego lo lavó en el río y, al terminar, lo colgó de su cinturón.

—¿Quieres seguirme? —invitó.

«¿Era ésta la aventura X que pregonaba el vendedor?», se preguntó Rand.

—Claro, con mucho gusto —contestó.

Antes de partir lanzó una mirada hacia el roquedal. Era preciso fijar su posición para el momento de regreso a la Tierra. Pero si Bückhendorf estaba allí aguardándole...

Desechó tales pensamientos y se encaminó detrás de Zeryna.

* * *

Rápida y hábilmente, Zeryna buscó ramas secas y formó un buen montón. Luego trajo unos puñados de hierba seca. El pez estaba ya atravesado por una rama larga y recta, dispuesto a ser asado.

Rand sonreía. También en la Tierra se comían productos naturales, pero a precios prohibitivos y, aún así, no siempre se conseguían. En cambio, allí, en Subbo, bastaba pescar para obtener una magnífica pieza, sin leyes absurdas que lo impidiesen ni severos guardias que vigilasen celosamente el cumplimiento de aquella prohibición.

Al terminar, Zeryna se dispuso a encender el fuego por un método algo primitivo. Su cuchillo de monte tenía una concavidad en cierto lugar de una de sus hojas. Zeryna iba a concentrar los rayos del sol suddita en un punto de la paja seca.

Rad no se pudo contener y utilizó su encendedor eterno. La paja prendió rápidamente.

Ella le miró atónita.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—En la Tierra se llama encendedor. Proporciona luz y fuego durante toda la vida.

—Tu mundo debe de ser algo maravilloso —dijo Zeryna, meneando la cabeza—. Nunca me hubiese imaginado ver nada semejante.

—Hay cosas mucho mejores, pero, no creas, también las hay peores —contestó él.

—Me gustaría que me contases cosas de la Tierra, Duffy.

—Claro, con mucho placer.

Estuvo hablando mientras ella asaba el pez. Zeryna escuchaba con gran atención y, de cuando en cuando, formulaba alguna pregunta sobre un punto que no le parecía suficientemente claro. Al cabo de un rato, buscó unas hojas de árbol, bastante grandes, troceó el pez y llenó una de las hojas, que entregó inmediatamente al terrestre.

—Es un mundo fantástico, en efecto —dijo—. Me gustaría conocerlo, pero... no puedo.

—¿Qué te impide viajar allí? —preguntó Rand.

—Tengo un deber que cumplir, ineludiblemente —respondió Zeryna con grave expresión—. Y mientras no haya ejecutado la misión que se me confió, no puedo abandonar Suddo.

—Debe de ser una misión muy importante —supuso Rand.

—Sí, lo es. Mi pueblo me designó para conseguir la Flor Verde. Si triunfo, habré conseguido también el cargo máximo de Suddo. ¿Cómo lo llamáis allí?

Rand, sorprendido por la inesperada revelación, dudó algunos instantes. ¿Qué calificativo debía dar al cargo mencionado por la joven?

—Bueno... podríamos llamarlo jefe supremo —dio al cabo.

—Exactamente, eso es lo que yo quiero ser —confirmó Zeryna.

CAPITULO III

Había caído la noche. Rand pudo observar que el día era aproximadamente igual al terrestre. Claro que en el planeta habitado por seres idénticos a los nacidos en la Tierra, sus condiciones ambientales debían ser forzosamente muy parecidas.

Aunque hubiese monstruos, como la serpiente bicéfala.

—¿Qué es la Flor Verde? —preguntó.

—El símbolo de la jefatura suprema —respondió Zeryna, con la vista fija en las llamas de la hoguera—. Cuando un jefe supremo advierte la inminencia de la muerte, esconde la Flor en un lugar ignorado, aunque deja un plano, que guardan celosamente los miembros del Consejo de Equidad. Entonces, se anuncia la vacante y cualquiera que se crea con condiciones de optar al cargo, puede intentar la búsqueda del símbolo.

—Y cuando la encuentra, queda nombrado jefe.

—Sí.

—¿Te crees en condiciones de ocupar el cargo?

—Por supuesto. Además, tengo que conseguirlo a toda costa,

—¿Por qué?

—Mi pueblo ha sido esclavizado. Debo liberarle.

—Oh..., un motivo muy justo. ¿Quién es... el conquistador?

—Kryot. Es el nombre de la comarca donde habitan los que nos han esclavizado. Su oficio es la guerra. Pelean con todos y por cualquier motivo. Tienen armas muy poderosas y son implacables. Algunos les ayudan, quiero decir de otros pueblos.

—Sí, suele suceder —dijo Rand filosóficamente—. ¿Es... legal vivir de la guerra?

—El anterior jefe supremo era kryonita. Podía promulgar leyes y pensó que una mejor forma de ganarse la voluntad de su pueblo era convirtiéndolos en guerreros. No le costó mucho, sin embargo; los kryonitas ya son belicosos de por sí.

—Entiendo.

Rand pensó también en otros pueblos terrestres que habían hecho de la guerra el medio de ensanchar sus territorios o de aumentar sus riquezas. En realidad, ¿había alguna nación terrestre que no hubiera recurrido en alguna ocasión a la guerra para solucionar un conflicto con su vecino?

—Entonces —siguió—, al morir el jefe kryonita, ninguno de sus descendientes, si los tuvo, pudo convertirse en jefe supremo.

—No. No se hubiera respetado su autoridad. Habría sido declarado ilegal, a pesar de que lo intentó cuando supo que iba a morir. Casi estuvo a punto de conseguirlo; es preciso reconocer, por otra parte, que durante sus doscientos veinte años de jefatura, realizó grandes progresos, que proporcionaron muchos beneficios a todos los habitantes de Suddo. Todos los pueblos del planeta se beneficiaron de los adelantos conseguidos por los kryonitas, es preciso admitirlo, pero ello no le confería el derecho de nombrar jefe supremo a su hija Burtha.

Rand recordó también grandes naciones de la Tierra, muy civilizadas, poderosas industrialmente..., que se habían hecho también poderosas militarmente y que, de una forma u otra, más o menos abiertamente, habían sojuzgado a otros pueblos que, sin embargo, habían recibido también los beneficios del progreso conseguido por la nación dominante. Las analogías, por tanto, eran evidentes.

—De modo que sois, dos aspirantes al cargo: tú y la tal Burtha.

—Oh, no, hay muchos más. En mi caso, soy la única de Zryon que intenta encontrar la Flor Verde. Pero, en otros pueblos, han surgido varios aspirantes. Somos muchos, créeme.

—Naturalmente, habrá un gran espíritu de competición...

—Es una lucha implacable, en la que se admiten todos los métodos, incluso la muerte del adversario —contestó Zeryna—. Según las crónicas, en la anterior disputa por la Flor Verde murieron treinta y nueve aspirantes, cuatro quedaron inválidos y diecisiete desaparecieron sin dejar el menor rastro. Brughon, el padre de Burtha, quedó vencedor.

—Y «reinó» durante doscientos veinte años —dijo Rand, pasmado —. Si consideramos que cuando inició la competición tendría unos veinticinco, resulta que vivió un total de unos doscientos cincuenta años.

—Exactamente, doscientos setenta y seis. Ya tenía cincuenta y seis cuando se celebró la competición —contestó la joven.

Rand emitió un silbido de admiración. En la Tierra, ni siquiera con los prodigiosos adelantos de la ciencia del siglo XXV se había conseguido rebajar la edad poco menos que mágica de ciento cincuenta años. Y allí, en un mundo casi salvaje, había personas que vivían casi tres siglos.

—¿Tienes muchos años? —preguntó al desgaire.

—Veintidós —dijo Zeryna llanamente—, Pero los notables de Zryon consideraron que era la única persona que podía aspirar al cargo.

—Hay algo que me intriga —manifestó Rand—. Si Burtha es hija de Brughon, como dices, y éste tuvo que dejar el plano con la indicación del lugar donde había escondido la Flor Verde, ¿no puede hacer trampa y decírselo a su hija?

—No —replicó la muchacha—. Antes de iniciar la competición, fuimos sometidos a interrogatorio, bajo la acción de las hierbas de la sinceridad. Esas hierbas impiden mentir.

«El pentotal de Suddo», pensó Rand.

—¿Y si alguien, a pesar de todo, conociera píamente el lugar donde está escondida la Flor Verde?

—Es cierto que se puede hacer trapa y encontrar la Flor rápidamente, pero aunque no se haya inscrito en la competición, el que la consiga, a su vuelta, será sometido a interrogatorio, en las condiciones ya descritas. Ineludiblemente, tiene que contestar con la verdad. Si violó las reglas, es ejecutado instantáneamente, lo mismo que cualquier aspirante que demostrara saber dónde está nuestro símbolo.

—Es decir, Brughon no pudo decírselo ni siquiera a su hija.

—Ni la menor insinuación. Burtha está viva y tomó las hierbas.

—Comprendo. —De pronto, Rand concibió una idea que k pareció divertida—, Zeryna, el aspirante, ¿puede actuar solo?

—Si lo prefiere, desde luego. Pero puede tomar un ayudante... Muchos lo hacen. A veces, el aspirante muere y el ayudante sigue en

la competición.

—Estupendo. ¿Hay limitaciones en cuanto a equipo, armas y demás?

—No. Cada aspirante puede equiparse como mejor le parezca. Nadie le pondrá la menor traba en ese sentido.

Rand miró críticamente a la joven.

—Tú no pareces llevar demasiado equipo —observó.

—Me basta con la lanza y el puñal. Pueden defenderme de las fieras y me proporcionan alimento.

—Ya... Zeryna, ¿me permites ser tu ayudante?

Ella se sorprendió por el ofrecimiento.

—¿Por qué? Tú no eres de Suddo y nuestros conflictos no te importan —contestó.

—A pesar de todo, me gustaría ayudarte. Deseo que tu pueblo sea liberado de la esclavitud a que está sometido.

Zeryna sonrió.

—Está bien, acepto tu colaboración —dijo—, Pero no me parece que seas de la clase de hombre capaz de desenvolverse en ciertos ambientes.

Rand se echó a reír.

—No me conoces todavía —dijo—. Además, pienso que tu equipo, a pesar de tu habilidad, es muy pobre. Yo puedo proporcionarte mejores elementos... de combate.

—¿Cómo? —quiso saber ella.

—Mañana lo verás.

Rand se dijo que iba a ser muy difícil burlar la vigilancia del capitán Bückhendorf, pero, al mismo tiempo, confiaba en su ingenio para solucionar aquella nada fácil solución. Sí, saldría por la cabina, compraría armas, municiones, un buen equipo de vestuario...

Estudió un instante el hermoso rostro de Zeryna. Ella tenía la

vista fija en la hoguera. Las llamas se reflejaban en sus pupilas y éstas parecían brasas.

La ayudaría, se prometió. Ella se lo merecía.

«Y, de todas formas, ¿no estoy aquí por haber comprado una aventura?», se dijo.

Por la mañana, apenas se despertaron, se encaminaron hacia la loma, situada a menos de mil metros de distancia. Rand encontró fácilmente el roquedal y, orientándose, avanzó unos pasos.

De pronto se detuvo en seco, con los ojos fuera de las orbitas.

¡La puerta había desaparecido!

* * *

Rand recorrió el lugar a grandes zancadas. Zeryna le miraba con simpatía.

—Te habrás equivocado —dijo.

—No —respondió él—. Algo ha pasado. Establecí sin lugar a dudas la posición de la puerta. No quería equivocarme al regreso.

Rand había explicado a la muchacha cómo había llegado a Suddo, Zeryna dijo:

—¿Qué pasaría si tu enemigo hubiera dado la orden de quitar la cabina?

—No puede hacerlo. La ley lo prohíbe absolutamente te.

—Las leyes se han hecho para ser cumplidas… y violadas cuando a uno le conviene —dijo Zeryna con harta filosofía.

—Si eso es así, si Bückhendorf me ha quitado la cabina, cuando vuelva a la Tierra…

Rand se calló de pronto. Sin la puerta, ¿cómo podría regresar a su planeta?

Ella insisto:

—Puede que te hayas equivocado, Duffy.

—No.

Rand echó a andar a grandes zancadas hacia el roquedal y sacó los billetes y las joyas.

—Mira —dijo.

Zeryna se sintió atraída en el acto por las joyas.

—Son preciosas —alabó.

Rand sonrió.

—Quédatelas, son para ti.

—No, muchas gracias. Me gustan, pero no les encuentro ningún sentido práctico.

—Vaya. —Rand arqueó las cejas—. En mi planeta, cualquier otra mujer habría dado chillidos de alegría si le hubiera echo un obsequio semejante.

—Aquí es distinto, por lo menos en la actual situación. —Puede que tengas razón. Bien, lamento haberte defraudado y..., Zeryna, creo que, sin poder realizar mis planes, voy a ser para ti un obstáculo más que una ayuda. Lo mejor será que me dejes y sigas tu camino.

—Oh, no. ¿Por qué? Tú sabes muchas cosas; podrás ayudarme...

De repente, Zeryna se interrumpió con la vista fija en un punto.

Rand advirtió el súbito silencio de la muchacha y volvió cabeza. Entonces divisó a dos hombres que cargaban hacia ellos. Uno enarbolaba una lanza de descomunales dimensiones. El otro manejaba un arco de características peculiares. Zeryna lanzó un grito.

—¡Al suelo!

Rand no se hizo repetir la indicación. En el mismo momento, el arquero soltaba la cuerda de su arma. Rand había visto que la flecha era exorbitantemente gruesa. Pero apenas salida del arco, se dividió en una veintena de varillas, que volaron como una exhalación, separándose en silbante abanico que, no obstante, pasó por encima de los cuerpos de los dos jóvenes.

El lancero echó su brazo hacia atrás y disparó aquel enorme palo, de cuatro metros de largo por lo menos. Tendida en el suelo, Zeryna

levantó el venablo y desvió la trayectoria de la lanza. Acto seguido se levantó de un salto y cargó con el cuchillo en la mano hacia el arquero, que ya se aprestaba a disparar otra salva de flechas.

El cuchillo cortó la cuerda del arco. Acto seguido, Zeryna, con increíble rapidez, movió la mano y el mango de cuchillo golpeó la sien del sujeto, que se desplomó fulminado.

Rand había decidido que ya no podía permanecer inmóvil, mientras ella peleaba. El lancero se dispuso a atacar a la muchacha por la espalda. Entonces, una piedra voló por lo aires y alcanzó al sujeto en la nuca. Zeryna sonrió.

—Tienes buena puntería —dijo.

Buscó la lanza y la rompió contra una roca. Iba a hacer lo mismo con el arco, cuando Rand extendió una mano

—No, déjalo para mí —pidió.

—Está bien.

El arquero llevaba en su aljaba una docena de aquellos proyectiles. Rand pensó que tendría que poner una cuerda nueva en el arco, pero ya lo conseguiría. Al menos, no tenía las manos desnudas, sobre todo, si consideraba que los atacantes disponían también de sendos cuchillos, de los que se apropió él sin el menor escrúpulo.

—¿Qué piensas hacer con ellos? —preguntó.

—Espera a que despierten —respondió Zeryna.

—Querían matarte. ¿No tienes el derecho de quitarles vida?

Ella le dirigió una larga mirada.

—Un día pueden ser mis amigos..., sobre todo el lancero Le conozco, es uno de los miembros más destacados del pueblo de Tryot.

—Quizá se sienta humillado por su derrota.

Zeryna se encogió de hombros.

—No podría matarlos a sangre fría —contestó.

Los dos individuos despertaron al poco. Zeryna aguardó a que se sintieran completamente despejados y entonces dijo:

—Habéis sido derrotados. Puedo quitaros la vida, según la ley, pero prefiero que sigáis viviendo. Volved a Tryot. Estáis fuera de competición.

El lancero se levantó pesadamente. Sin duda, era el aspirante, pensó Rand.

—Hemos sido derrotados. Estamos fuera de la competición —admitió sin la menor protesta.

CAPITULO IV

—Quizá en otra ocasión no puedas ser tan benévola —dijo Rand, pasado un buen rato.

—Es posible. Pero ello entra en los riesgos de la competición.

—Mucho confían en ti. ¿No hay otros mejores que tú? Lo digo sin ánimo de despreciarte...

—Cuando se recibieron las noticias sobre la inminencia de la muerte de Brughon, mi pueblo empezó a prepararme para la competición. Naturalmente, estudiaron las condiciones de varios candidatos. Resulté la más adecuada.

«¿Cómo harán esos salvajes los test de prueba, Dios mió?», pensó Rand.

De pronto, pareció darse cuenta de que hacía ya rato que caminaban sin ninguna dirección aparente.

—Eh, ¿adonde vamos? —exclamó.

Zeryna le miró por encima del hombro.

—Pienso que Brughon pudo esconder la Flor en un sitio que le gustaba mucho frecuentar: los Montes de la Muerte. Solía ir allí en numerosas ocasiones para practicar su afición favorita: la caza.

—El nombre no es muy alentador —comentó Rand.

—Merecido —contestó ella—. Hay una cantidad enorme de fieras, de formas como no te puedes imaginar. Sólo un hombre como Brughon podía ir y volver sin contratiempos. Muchos intentaron cazar alguna presa, que les habría proporcionado fama y reputación, pero pocos, por no decir ninguno, consiguieron regresar.

—Y tú encuentras lógico que Brughon escondiera allí el símbolo —adivinó el joven. .

—Sí. Para él es un sitio muy seguro.

—Bueno, si hay tantas fieras...

—No sé qué serán peores, si las fieras o los competidores...

Rand sintió un escalofrío.

—¿A qué mundo he venido a parar? —murmuró.

—¿Decías...? —preguntó ella.

—No, nada, no te preocupes.

—Si me dejas, no te lo reprocharé, Duffy.

—¡Claro que no voy a dejarte! —protestó él—. ¿Por quién me has tomado? Dije que te ayudaría y seguiré hasta el fin.

«A fin de cuentas, aunque muera en el empeño, por lo menos, habré vivido. Acabar en un campo de "renacimiento" es infinitamente peor», pensó el terrestre.

—Bueno, es que a las Montañas de la Muerte no se llega tan fácilmente, Duffy —dijo Zeryna.

—Está muy lejos, supongo.

—La distancia, en sí, no es grande. Podríamos llegar en un par de semanas, a este paso. Pero es preciso atravesar el Desierto Frío.

Rand la miró de soslayo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una llanura extensa, completamente helada, cuya anchura no es inferior a los cuatrocientos kilómetros. Las temperaturas son bajísimas y no hay nada en ella que permita alimentarse. No hay vida, en suma.

Rand se estremeció al oír aquella descripción.

—Se puede dar un rodeo —sugirió.

—No. El Desierto Frío es como un círculo que rodea por completo las Montañas de la Muerte. Sólo algunas bestias, de excepcional resistencia física y gran velocidad, pueden atravesarlo.

—Y un hombre como Brughon.

—Claro. Pero si queremos llegar allí, no tenemos otro remedio que intentar la travesía.

—Si no hubiese desaparecido «mi» puerta, iría a buscar ropas de abrigo... —se lamentó el terrestre.

—Conseguiremos pieles en el camino. Estamos solamente a diez jornadas del Desierto del Frío y…

De pronto, Zeryna lanzó una exclamación:

—¡Mira, Duffy! ¡Ya hemos solucionado nuestro problema!

Ella tenía la mano tendida hacia determinado punto. Rand volvió la cabeza y creyó que soñaba. Pero al mismo tiempo también, sintió un pánico espantoso.

* * *

La bestia era enorme, de un tamaño increíble. Rand calculó que no medía menos de veinte metros de largo por siete u ocho de altura. Tenía ocho patas, muy cortas y gruesas y una cola ridículamente pequeña.

Su aspecto era de pesadilla. Rand vio un cuello estúpidamente delgado, muy flexible, de unos tres metros de longitud, al extremo del cual había una especie de bola carnosa, con una docena de ojos en círculo. Aquellos ojos, pensó, le permitían al animal recibir imágenes de todos los puntos del horizonte.

Pero lo más horrible era la cabeza que sobresalía de su pecho a unos tres metros del suelo, al extremo de un grueso cuello de cuatro o cinco metros de largo. La cabeza no tenía ojos y sí una bocaza que engullía, le pareció, un cuarto de tonelada de hierbas y vegetales a cada dentellada. Por encima de la cabeza y entre el cuello más elevado, se divisaban cuatro orificios carnosos que, estimó, le permitían la respiración.

Aturdido, miró a la bestia como si no creyera en las imágenes que recibían sus retinas.

—¿«Eso»… nos va a permitir atravesar el Desierto del Frío?

—Claro —sonrió ella—. Es un…

Zeryna dijo una palabra impronunciable. Rand meneó la cabeza.

—Prefiero llamarle «Ocho» sencillamente —dijo—. Es mucho más cómodo.

—Como quieras.

Zeryna se metió dos dedos en la boca y emitió un singular silbido, de varias notas musicales. El monstruo suspendió en el acto su tarea.

Su cabeza esférica no se movió apenas, pero Rand sintió fijas en su cuerpo al menos dos de las pupilas del animal. Zeryna movió una mano.

—Ven —llamó.

«Ocho» acudió trotando. Extrañamente, no hacía el menor ruido con sus cortas patas, acolchadas y muy anchas en la base. Era necesario, se dijo Rand, a fin de distribuir equitativamente el enorme peso de su estructura corporal.

Cuando estuvo más cerca, Rand vio que el cuerpo del animal estaba cubierto de vello, unos pelos largos, espesos, de color rojizo claro, con algunas manchas más oscuras. Zeryna aguardó a la bestia tranquilamente, sin demostrar el menor signo de temor.

El animal se paró y ella acarició la cabeza de alimentarse.

—Vas a tener que llevarnos, «Ocho» —sonrió.

Un sordo gruñido brotó de la garganta de la bestia, cuya cabeza inferior, para asombró de Rand, se movió afirmativamente, La otra cabeza permanecía inmóvil.

—«Ocho» nos evitará la fatiga —sonrió Zeryna—, Pese a su aspecto, son muy mansos.

—Parece como si entendiera lo que dices.

—Tienen cierta inteligencia, poco evolucionada, sin embargo, aunque lo suficiente para comprender ciertas órdenes. En cambio, no pueden articular palabra.

—Entiendo. Y nos llevará...

—En el lomo, claro. «Ocho», queremos subir.

Rand creía sentirse aún bajo una pesadilla. En el costado del animal, en la parte más gruesa, se formó de repente una escalera, por la que Zeryna trepó rápidamente. Una vez arriba, se volvió y sonrió al terrestre.

—Vamos, sube.

Rand dejó a un lado sus aprensiones y se agarró a sendos mechones de pelos que, observó, eran fuertes, pero más suaves que los de la mejor piel terrestre. Una vez que estuvo arriba, los escalones desaparecieron y el costado de la bestia recobró su apariencia normal.

Camina, «Ocho» —ordenó Zeryna—. Todo lo rápido que puedas...

En el mismo instante, Rand sintió que el lomo del animal acomodaba a sus posaderas. Era realmente un asiento muy mullido y cómodo.

El monstruo inició un veloz galope, apenas perceptible para sus jinetes. Agarrado a los pelos, se volvió hacia Zeryna. Ella sonreía.

—No son muy abundantes y yo diría que están más bien en vías de extinción, pero son realmente útiles —dijo—. Vas ver, Duffy.

Levantó la voz:

—«Ocho», quiero dormir.

Instantáneamente, en el lugar en donde estaba la muchacha se formó un hueco de toda la longitud de su cuerpo. Ella se tendió y un gran número de pelos se elevaron primero y la cubrieron por completo, para abrigarla durante su sueño. Zeryna apartó con las manos los pelos que cubrían su cara.

—¿Qué te parece, Duffy?

Rand meneó la cabeza.

La velocidad de «Ocho», calculó, era de unos sesenta kilómetros a la hora. Zeryna había dicho que para llegar al Desierto Frío necesitarían unas diez jornadas a pie. Calculando que cada día pudieran cubrir cuarenta kilómetros, la distancia total era de cuatrocientos.

—Zeryna, ¿es muy resistente nuestro «caballito»? —preguntó.

—Puede galopar durante días enteros antes de dar las primeras muestras de fatiga —contestó ella.

—Entonces, tardaremos menos de siete horas en alcanza el Desierto del Frío —dijo—. Es fantástico —añadió—. Absolutamente increíble.

Zeryna se inclinó indolentemente en el hueco del lomo de

«Ocho».

—Pero muy cómodo, ¿verdad? —sonrió.

—Sí, desde luego.

—Creo que llegaremos al borde del Desierto al atardecer —dijo la joven—. Nos tomaremos un par de días de descanso, pero, sobre todo, para que «Ocho» pueda alimentarse convenientemente.

Otras siete horas de travesía por un lugar absolutamente helado, pensó Rand, aunque, por fortuna, los espesos pelos de la bestia les evitarían las incomodidades de la bajísima temperatura que, sin duda, reinaba en aquellos parajes.

* * *

«Ocho» galopaba sin descanso, sin mostrar en ningún momento el menor síntoma de fatiga. Casi de repente, Rand se dio cuenta de que empezaba a notarse un poco el frío,

Miró hacia adelante. El Desierto Frío aún no era visible. Claro que antes había mucho bosque, una vegetación muy espesa y el suelo, en apariencia llano, abundaba en lomas y vaguadas que no parecían representar el menor obstáculo para el monstruo que los transportaba sobre los lomos.

Cerca del atardecer, Zeryna señaló el punto en el horizonte.

— ¡El Desierto del Frío! —exclamó.

Rand se arrodilló y tendió su vista hacia aquella dirección. En el horizonte se divisaba una línea blanquecina, con algunos resplandores rojizos. Rand se dio cuenta de que aquella coloración escarlata se debía al sol, a punto de ponerse. Por tanto, habían caminado hacia el Oeste de Suddo.

La temperatura descendía rápidamente. Un cuarto de hora más tarde, «Ocho» salvó la última colina. Desde la cumbre, Rand pudo apreciar él borde del desierto, a menos de quinientos metros de distancia.

Entonces, inesperadamente, alguien surgió de la espesura y disparó un arma de extraña apariencia.

Rand lo vio en una fracción de segundo. El hombre, vestido con

un traje hecho de gruesas pieles, había disparado algo que parecía un tubo antitanque, construido en la Tierra durante pretéritas guerras. Y antes de que pudieran reaccionar, el proyectil alcanzó a «Ocho» en el centro de su vasto pecho, atravesó la piel y explotó sordamente en el interior de su cuerpo.

«Ocho» se desplomó fulminado.

CAPITULO V

Zeryna lanzó un grito. Otro hombre surgió de la espesura.

Rand procuró reaccionar. En realidad, el desplome de «Ocho» había sido poco perceptible. Simplemente, sus patas se habían replegado bajo el cuerpo, que ahora se apoyaba directamente sobre el suelo.

Los dos individuos se dispusieron a atacarles. El segundo llevaba algo parecido a una escopeta. Apuntó, disparó y Rand se encogió. El proyectil pasó aullando encima de sus hombros.

«Si me pilla bien, me decapita», pensó. A juzgar por las dimensiones del arma, debía de tener al menos dos o tres centímetros de calibre.

El hombre de la escopeta, fallado el tiro, empezó a recargarla, mientras su compañero trataba de meter un nuevo proyectil en su tubo de lanzamiento. Zeryna se puso en pie.

Su brazo se echó hacia atrás. El venablo partió como una centella, alcanzó al sujeto debajo del esternón, para, salir por la espalda, más abajo de la cintura.

Mientras tanto, Rand no permanecía con los brazos cruzados. Preparó el arco, tensó la cuerda, ya reparada por Zeryna, y la soltó bruscamente.

Veinte delgadas flechas partieron como otros tantos rayos y alcanzaron en su mayoría el blanco deseado. Se oyó un desgarrador alarido.

El hombre de la escopeta dejó caer su arma. Tenía media docena de flechas hincadas en su cara. Dos atravesaban su cuello. Siete u ocho más sobresalían de su pecho. Dio unos cuantos traspiés y acabó por desplomarse sobre la hierba.

Zeryna se dejó resbalar por el lomo del animal, ya inmóvil y saltó al suelo, con el cuchillo en la mano. Rand la siguió en el acto.

Ella se inclinó sucesivamente sobre los cuerpos de sus atacantes.

—Eran de Hryot —dijo.

—Nos esperaban, sin duda —apuntó Rand.

—Posiblemente, no. Pero quisieron eliminar a unos competidores.

Rand meneó la cabeza.

—Es absurdo —dijo—. ¿Por qué matar al animal, que les habría permitido la travesía en pocas horas?

—Los hryonitas son, probablemente, los más adelantados de nuestro planeta, con excepción del pueblo de Kryot. Pero no se distinguen, en otro aspecto, por su agudeza mental. Nosotros estábamos sobre «Ocho», podíamos llegar antes que ellos a las Montañas de la Muerte y tenían que impedirlo. Eso es todo.

—Esto no tiene nada de competición deportiva —gruñó él—. Más que un pugilato para alcanzar la jefatura suprema, podría llamarse... «el más tonto a la sepultura».

—Tienes razón, y si mi pueblo fuese libre, yo no me habría molestado en intentar conseguir la Flor Verde. Pero tengo que hacerlo, aunque me deje la vida en el empeño.

Rand suspiró.

—En tal caso, seremos dos —dijo lúgubremente.

Luego se acercó a los caídos y examinó sucesivamente sus armas. El tubo lanzagranadas estaba bien concebido, aunque disparaba el proyectil mediante la acción de un potente muelle. Sólo había otro proyectil de reserva y era tremendamente puntiagudo, a fin de favorecer la penetración en el blanco. Posiblemente, calculó, la deflagración del explosivo se produce mediante fricción; una pieza áspera que frotaba con otra, producía el calor o una chispa y hacía explotar la pólvora de la carga interior.

—Pólvora... o lo que sea.

La escopeta era muy sencilla, de avancarga, con un calibre cercano a los tres milímetros, pero sorprendentemente, tenía un dispositivo de evacuación parcial de los gases que anulaba el retroceso casi por completo. El propietario ya difunto disponía de cuatro

proyectiles más y la carga correspondiente de pólvora, que se inflamaba por la chispa del mecanismo de disparo.

Rand pensó que las armas, con tan pocas municiones de repuesto, no les resultarían de gran utilidad. Más bien sería un peso muerto, se dijo desanimado, al contemplar la enorme superficie de hielo que, por un inexplicable fenómeno de la naturaleza, se extendía hasta perderse más allá del horizonte.

Ni siquiera se divisaban las fatídicas montañas. Se preguntó cómo podrían atravesar aquella infinita llanura, cuya característica principal, era la de su lisura, comparable con la de un espejo.

—Sin ropas, sin víveres...

De pronto, reparó en algo que lo había pasado por alto.

Los hryonitas muertos tenían un hacha cada uno. Eran buenas herramientas, de doble hoja, anchas, pesadas, con un sólido mango de madera. En el mismo instante, Rand sintió] en la cara un frío soplo de viento.

* * *

Zeryna estaba muy ocupada en limpiar su venablo de la sangre. Rand se acercó a ella con las hachas

—Puedes tirarlas —dijo ella desdeñosamente—. No representan ninguna utilidad para nosotros.

—Estás equivocada —contradijo Rand sin levantar la voz—. Dime, ¿cómo pensabas atravesar el desierto helado?

—Hay una raza de pájaros gigantes que, en su especie, son tan mansos y obedientes como la de «Ocho». Se pueden amaestrar en el acto y obedecen las órdenes con toda docilidad. Construiré una flauta y haré llamadas continuamente, hasta que acuda uno de ellos.

—¿Puede soportar tu peso?

—Y el tuyo, claro.

—Entonces, pensabas atravesar el desierto volando.

—Sí... pero, a veces, tardan meses enteros en hacerse visibles. Sin embargo, es la única solución. Para mí y para el resto de los

competidores.

—Sin embargo, Burghon...

—Tenía un pájaro cautivo.

—Así se explica... Pero Burtha puede utilizarlo —exclamó Rand, alarmado.

Zeryna negó con la cabeza.

—El pájaro era ya muy viejo. Murió antes que su dueño. Si, son dóciles... pero no les gusta demasiado la compañía humana. Por eso son tan raros de ver.

—De acuerdo. No esperaremos a que venga ese pajarito.

Haremos antes algo mucho más útil, quizá no tan rápido, pero si muy efectivo y que nos permitirá, con un poco de suerte, atravesar el desierto en un par de jornadas.

—¿Qué es? —preguntó Zeryna, intrigada.

Rand levantó la vista al cielo, casi negro ya.

—Necesitaremos ropa de abrigo, así que habrá que tomar parte de la piel del pobre «Ocho» —dijo—. ¿Sabes tejer?

—Sí, claro.

—Tejerás una especie de sábana con sus pelos. Yo te diseñaré la forma, y también trenzarás algunas cuerdas. Trabajaremos de firme durante muchos días, pero lo conseguiremos. Habrá caza, supongo.

—Sí, claro. Pero, ¿para qué quieres esa sábana?

Rand sonrió ladinamente.

—Yo me ocuparé de la madera —contestó—. Construiremos un trineo a vela y llegaremos a los Montes de la Muerte en muy poco tiempo.

—No sé qué es trineo —declaró Zeryna.

—Lo verás cuando esté terminado. —Rand se estremeció—. Brrr... Qué frío hace. Voy a ver si encuentro leña para encender una buena hoguera.

Lanzó una mirada a los cadáveres. Al día siguiente, los llevaría junto al desierto, donde se conservarían indefinidamente. En cuanto al corpachón del monstruo... tendrían que establecer el campamento a cierta distancia, porque era imposible soñar en mover un solo centímetro aquella mole de más de cien toneladas de peso.

* * *

Movía el hacha rítmica y diestramente. Ya había echado callos en las manos y sus músculos se habían endurecido. Rand no echaba de menos las comodidades y placeres de la Tierra. Era una vida primitiva, pero libre, porque las comodidades y placeres terrestres tenían su contrapartida en una serie de leyes y restricciones muy poco agradables de soportar para un espíritu libre e inquieto como el suyo.

A veces pensaba en la misteriosa desaparición de la puerta que le había permitido llegar hasta allí. Estaba viviendo la aventura comprada... ¿y no podía suceder que se tratase de una sugestión, que le hacía creer que todo lo que hacía era absolutamente real?

En todo caso, había llegado a la conclusión de que la aventura tendría un final. Fuese bueno o malo, un día acabaría su estancia en Suddo.

Y de alguna manera, podría volver a la Tierra.

El tronco, largo y recto, cayó, al suelo. Entonces, Rand sintió un ligero contacto en el hombro izquierdo.

Volvió la cabeza. Un hilo, sedoso, brillante, como de un milímetro de espesor, acababa de posarse sobre su ropa.

Otro hilo se unió al primero. Rand movió el torso, de una forma maquinal, para romperlos, pero se dio cuenta de que resistían perfectamente sus esfuerzos.

Giró en redondo.

Entonces vio al animal.

¿Era una araña?

A pesar de que sudaba, por el ejercicio, sintió frío. Si no era una araña, se le parecía muchísimo, salvo las dimensiones, porque la que tenía a cinco o seis metros de distancia era de un tamaño gigantesco. Su cuerpo tenía un horrible olor blanquecino y estaba cubierto de una

espesa capa de algo parecido a vello, muy apretado y ensortijado. Tenía su tamaño y parecía un carnero con diez patas de dos metros de largo por lo menos.

El animal tenía detrás de sí una espesa tela grisácea, una telaraña que, según estimó Rand, era irrompible con la sola fuerza de sus brazos. Otro hilo flotó por el aire y se enroscó en torno a su cintura.

Estaba claro. El arácnido iba a envolverle en los hilos que despedía por los conductos hiladores. Cuando lo hubiese inmovilizado, le serviría de alimento.

Procuró mantener la serenidad. Los hilos no eran viscosos, sino que se enrollaban en los miembros de la presa, él, en este caso. Posiblemente, y merced a su grosor, tenían una prolongación del sistema nervioso, que les confería la facultad de moverse para poder enrollarse en el lugar deseado. Agarró uno con la mano y tiró, pero el hilo resistió.

El arácnido, paciente, seguía hilando y despidiendo cables brillantes. Rand, que empezaba ya a sentirse nervioso, usó el hacha.

Los hilos quedaron seccionados casi inmediatamente. Rand dio un par de pasos atrás. El arácnido, por fortuna, no parecía muy rápido y dio la sensación de sentirse desconcertado al ver que cortaban los hilos que había segregado.

De pronto, Rand se fijó en la tela situada tras la bestia. Una idea penetró instantáneamente en su cerebro.

El árbol recién cortado medía unos tres metros de largo y diez centímetros de grueso. Sin perder de vista al animal, cortando de cuando en cuando los hilos que éste le enviaba, Rand despojó de sus ramajes al arbolillo..

Luego lo utilizó como una estaca.

Cuando regresó al campamento, llevaba en las manos una tela de más de doce metros cuadrados. Zeryna, sentada junto al fuego, realizaba pacientemente su labor de tejer los pelos de «Ocho».

Rand arrojó la tela a sus pies.

—Suspende la labor —sonrió—. Ya tenemos la vela para el trineo.

CAPITULO VI

El trineo estaba ya listo.

Sustancialmente, era una plataforma de troncos unidos por cuerdas en parte trenzadas por Zeryna y en parte procedentes de la tela de araña. Debajo de los troncos, en la parte que había alisado convenientemente, Rand había practicado muescas que impedían a las cuerdas tocar el hielo, evitando así una fricción retardatoria y lógicamente perjudicial.

En la parte delantera, los troncos habían sido cortados oblicuamente hacia arriba. Dada la lisura de la superficie helada, era suficiente para permitir un rápido desplazamiento.

Debido a la relativa premura de tiempo, no les había quedado otra solución que despojar a los enemigos vencidos de sus ropas de abrigo, convenientemente limpias de sangre en las aguas de un arroyo cercano, antes de que llegaran a congelarse. Asimismo habían hecho acopio de carne y frutas. La caza, no escaseaba precisamente en las inmediaciones del campamento.

La vela iba sostenida por una verga, cruzada sobre un mástil bípode, reforzado con unos rudimentarios pero efectivos obenques. Las escotas permitirían orientarla en el sentido deseado. Para el mejor gobierno del trineo, que medía unos cinco metros de largo por tres de ancho, Rand había montado en la popa una espadilla, con un contrapeso que facilitaría su adherencia a la superficie helada. Finalmente, había construido también una pequeña cabina del tamaño justo para contener dos cuerpos humanos tendidos en el suelo, sobre montones de pelo procedente de «Ocho». Al menos, calculaba, tendrían que pasar una noche en el desierto y la temperatura debía de ser bajísima.

Unos treinta y cinco o cuarenta centígrados bajo cero, suponía.

El encuentro con la araña había sido providencial. La vela, ya envergada, medía cuatro metros de anchura por tres de alto. Rand estimaba que sería suficiente para sus propósitos.

En cuanto al agua, bastaría romper el hielo con una de la hachas. Tendrían que chuparlo, no había otra solución. Pero dos días, que era lo que calculaba les costaría el viaje, pasaban pronto. Las incomodidades no les matarían, ciertamente.

Zeryna se movía por el campamento. Rand, impaciente, la llamó

a voces:

—¿No has terminado aún?

—Ya voy —contestó la muchacha.

Zeryna cargó con una bolsa que contenía carne y se encaminó hacia el trineo, ya sobre el hielo y sujeto a la orilla por medio de un cabo. La brisa hinchaba apenas la vela, debido al obstáculo que suponían los árboles del contorno, que hacían de pavimentos.

Zeryna se dispuso a saltar al trineo. De repente, se oyó un feroz alarido.

Dos hombres corrían hacia ellos, blandiendo unas lanzas de pavorosas dimensiones. Rand lanzó un gruñido:

—¡Más competidores!

Y, de un hachazo, cortó el cabo de amarre.

El trineo empezó a moverse, muy lentamente, centímetro a centímetro. Rand, desesperado, se dio cuenta de que los atacantes les alcanzarían antes de haberse despegado de la orilla por completo.

Furioso, saltó al hielo y empujó el trineo con ambas manos. Detrás de la cabina, Zeryna tendía la cuerda del arco.

El trineo adquirió velocidad. Aún no era suficiente, sin embargo.

—¡Cuidado, Duffy! —gritó ella de pronto.

Rand se ladeó. Una lanza, de seis metros, se clavó junto a la espadilla. Entonces, Zeryna disparó una salva de flechas.

El terrestre se volvió. Uno de los atacantes, el que marchaba en cabeza, se revolcaba por el suelo, acribillado por los proyectiles salidos del arco.

El otro se había sentado en el suelo. Una flecha «sobrante» le había atravesado el muslo, haciéndole desinteresarse de la persecución. Rand trepó de un salto al trineo y empuñó la espadilla.

—¡Vía libre! ¡En franquía! —gritó.

La brisa se hizo más fuerte. La vela se hinchó alegremente y el trineo adquirió velocidad poco a poco. Momentos después, empezaban

a perder de vista la orilla y se adentraron en el Desierto Frío, enorme, enigmático, sumido en un gris silencio que databa de incontables siglos.

* * *

El viento se mantenía constante. Rand fijó la espadilla y miró hacia atrás. El trineo se movía a unos cincuenta kilómetros por hora, calculó, y dejaba una estela de hielo pulverizado, que se posaba a los pocos segundos. Un leve chirrido era todo lo que se percibía.

Zeryna le entregó un trozo de carne asada.

—Es necesario que repongas tus fuerzas —dijo.

—Gracias —contestó él. Meneó la cabeza y sonrió—: Hemos perdido muchos días, pero creo que merecía la pena.

—Sí, ciertamente. A mí nunca se me hubiera ocurrido construir un trineo, Duffy.

—En la Tierra, hace siglos, fue un vehículo corriente. Aún hoy se utiliza, si bien se emplea motor, o también cuando se disputan competiciones deportivas. Si hubiese agua, también nos moveríamos, flotando, aunque la velocidad, lógicamente, sería muy inferior.

La carne dio nuevas energías a los viajeros. Luego, Rand se inclinó y cogió un trocito de hielo de los que llevaban como reserva para beber. Aunque hubiesen dispuesto de vasijas y las hubieran llenado de agua en el bosque, el líquido se habría helado ya igualmente, debido a la bajísima temperatura ambiental.

El trineo se movía con regularidad. Rand empezó a pensar que atravesarían el desierto antes de lo calculado. La llanura se extendía, monótona, infinita, en todas direcciones, sin que se viese el menor accidente que pudiera alterar su espejeante superficie.

Dos horas más tarde, Zeryna, al mirar casualmente hacia atrás, vio algo que llamó su atención. Rand se percató del súbito cambio de expresión de la chica y volvió la cabeza.

Detrás de ellos, todavía a gran distancia, se divisaba un puntito negro que parecía moverse con gran rapidez. Rand lamentó enormemente no disponer en aquellos momentos de unos prismáticos. Le hubieran servido de gran ayuda.

Minutos más tarde, se dieron cuenta de que aquella cosa, fuese lo que fuese, iba ganando terreno. Su velocidad era superior a la del trineo.

—¿Competidores? —preguntó.

—Seguramente —respondió ella.

—Tendremos pelea, en tal caso.

—No lo dudes.

Rand asintió y empezó a pensar en la mejor forma de fijar la espadilla. Necesitaría tener las manos libres.

El viento mantenía su intensidad sin variar un ápice. Un cuarto de hora después, Zeryna lanzó una exclamación:

—¡Duffy, es un «Ocho»!

—¿Otra bestia octópoda?

—Sí. Dos hombres viajan sobre sus lomos. Están armados.

Pasaron algunos minutos.

—Llevan arcos de flechas múltiples —informó la muchacha—. Tienen gran cantidad de municiones.

Rand volvió la cabeza. El «Ocho» se movía a unos quince o veinte kilómetros por hora más rápidos que ellos. Antes de quince minutos sus jinetes estarían ya en posición de tiro.

Y si tenían flechas en abundancia, las gastarían sin preocuparse del consumo, sobre todo, teniendo en cuenta que el viento les favorecía para el tiro. La pequeña cabina del refugio no representaría apenas obstáculo para aquellos proyectiles, capaces de alcanzar doscientos y más metros de distancia.

Ellos disponían de diez paquetes de flechas, varios cuchillos, un venablo, un solo proyectil en el lanzagranadas y cuatro en la escopeta. La ventaja estaba de parte de los otros, sobre todo teniendo en cuenta que la bestia que montaban podría maniobrar con infinita facilidad.

Empezó a pensar en la mejor forma de eludir el ataque. De pronto, al mirar hacia adelante, creyó ver un ligero cambio de tono en la absoluta blancura de la superficie de hielo.

El color era algo más oscuro y tiraba un tanto a verdoso. Rand volvió la cabeza. Sus perseguidores estaban ya a quinientos metros.

Podían, incluso, oír sus voces. No tardarían en volar las primeras flechas.

La mancha quedaba un poco a la izquierda. Rand maniobró con la espadilla y el trineo viró sin dificultad. El «Ocho» varió también su rumbo.

—¿Por qué haces eso? —preguntó ella, extrañada.

—Aguarda un momento y lo verás. Si lo que pienso es cierto...

La mancha algo oscura se acercó rápidamente. Rand contuvo la respiración cuando el trineo hubo franqueado el borde. El siseo de los patines era constante, monótono.

Aquel trozo de hielo de otro color tenía unos ochocientos metros de anchura. Rand permaneció casi sin respirar, hasta que vio que estaban a punto de atravesarlo.

Entonces, volvió la cabeza una vez más. El «Ocho» había entrado también en aquel sector.

De repente, se oyó un terrible crujido.

Zeryna gritó. Rand, satisfecho, sonrió.

El hielo se había quebrado en aquel lugar, partiéndose en enormes bloques, que se elevaban en parte a las alturas y en parte se sumergían en el lugar de la fractura. El «Ocho» se hundió de golpe con sus dos jinetes.

—Es fantástico —exclamó Zeryna—. Nunca hubiera imaginado...

Se oyeron unos chillidos de terror. Uno de los competidores logró salir del agujero y dio unos cuantos pasos. Súbitamente se detuvo, quedándose inmóvil, convertido en una estatua de color blanco.

—Congelado —dijo Rand.

El otro no dio señales de vida. Sin embargo, el monstruo logró salir, aunque con dificultades, y sacudió violentamente sus largos pelos, despidiendo minúsculos chorros de hielo en todas direcciones. Lanzó unos cuantos gruñidos de descontento y luego emprendió la marcha, en sentido diametralmente opuesto al seguido hasta entonces.

—lástima —dijo Rand—. Podíamos haberlo utilizado...

—Duffy, ¿cómo se te ocurrió variar el rumbo? —quiso saber la muchacha.

—Vi el color ligeramente verdoso y sospeché la existencia de una burbuja de aire o un menor espesor de la capa de hielo en ese punto. Nuestro peso era insuficiente para romper el hielo, pero el «Ocho» debe de pesar más de cien toneladas. Tenía que intentarlo, aunque no diera resultado.

Ella suspiró.

—Sí, dio resultado —convino.

La estatua de hielo en que se había convertido el individuo se alejó y empequeñeció, hasta perderse de vista. Rand se sintió más aliviado. Habían conseguido salvar otro escollo en su larga y arriesgada marcha hacia la Flor Verde.

—Por cinco mil unidades no se pueden pedir más aventuras —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—No, nada, no te preocupes —sonrió Rand—. Todo marcha bien, que es lo importante.

* * *

Una hora más tarde, la vela empezó a flamear irregularmente. A los pocos minutos, quedó fláccida, lisa, sin la menor señal de la tensión en las escotas. El trineo empezó a perder velocidad.

—¿Qué pasa, Duffy? —preguntó Zeryna.

—Se ha parado el viento.

El trineo se detuvo momentos más tarde. Rand miró en todas direcciones; el cielo estaba cubierto de nubes, como desde el primer momento, pero también parecían inmóviles.

—Antiguamente, en los tiempos de la navegación a vela en mi planeta, a estos fenómenos se les llamaba calma chicha —dijo Rand. Trincó la espadilla y se puso las manos en los costados—. Zeryna, tengo la impresión de que vamos a perder aquí un poco de tiempo.

Ella hizo un gesto de resignación.

—No podemos evitarlo —contestó.

Las horas transcurrieron lentamente. Aunque estaban bien abrigados, al frío, sin embargo, se notaba en toda su crudeza.

Rand abandonó el trineo con un trozo de madera, redondo, con una punta, y después de usar un poco el hacha, lo clavó en el suelo. A continuación, amarró el trineo a aquella estaca. Para finalizar, arrió la vela parcialmente, dejando la mitad del trapo, a fin de que al ser sacudida por el viento les avisara de que ya podían reanudar el viaje.

Zeryna estaba ya en la caseta. Había pieles de sobra. Rand cerró la única abertura.

—Será mejor que durmamos un poco —propuso.

—De acuerdo.

El sueño, debido a las fatigas de días anteriores, se prolongó durante más de ocho horas, cosa que Rand comprobó con su reloj terrestre. Ignoraba el horario de Suddo, pero, al menos, podía controlar la longitud del tiempo.

Zeryna despertó poco después. Al salir de la cabina, divisó a Rand en la popa del trineo, los pies separados y las manos a los costados, contemplando ceñudamente el grisáceo horizonte.

—No sopla brisa ni para mover el pétalo de una flor —dijo, sin volverse.

—¿Crees que puede durar mucho? —preguntó ella.

Rand hizo un gesto de duda.

—No tengo la menor idea. Lo único que sé es que no podemos continuar con los brazos cruzados.

—De acuerdo, pero, ¿qué propones?

—Marchar inmediatamente, remolcando el trineo. Costará un poco hacerlo arrancar, pero una vez se ponga en movimiento, la misma inercia ahorrará la mayor parte del esfuerzo.

—Está bien. ¿Vamos?

—Convendría tomar antes un bocado. Vamos a consumir muchas energías.

Un cuarto de hora más tarde, Rand, con una cuerda en las manos, que pasaba por encima de sus hombros, dio el primer tirón. En el mismo momento, sus pies resbalaron en la pulida superficie helada y cayó al suelo.

Zeryna lanzó un grito.

—Estoy bien —dijo él—. Voy a probar de nuevo.

—Te ayudaré.

—Empuja por la popa. Yo te avisaré cuándo debes hacerlo.

Ella asintió. Esperó el aviso del joven y empujó con todas sus fuerzas.

Los dos resbalaron y cayeron al suelo. Rand se sentó, limpiándose los pantalones de un polvo inexistente.

—Es inútil —dijo—. No llevamos calzado apropiado. El hielo está como un espejo y resbalamos al presionar para tirar o empujar.

Zeryna estaba sentada sobre sus talones.

—Entonces, ¿hemos de seguir aquí?

Rand miró a su alrededor. De pronto, se puso en pie de un salto y corrió al trineo, del que sacó una de las hachas. Inmediatamente, golpeó el hielo y practicó un hueco longitudinal, del tamaño de su pie.

El hueco no era muy profundo. En realidad, lo que había hecho era alterar la superficie, buscando un asentamiento para su pie. Hizo un segundo hueco y luego llamó a Zeryna.

—Ven.

Ella acudió corriendo. Rand le entregó el hacha.

—Fíjate en los huecos y en la distancia —dijo—. Haz un par de ellos más y luego sigue dándole al hacha hasta que yo te lo indique.

—Conforme.

Rand agarró la cuerda de nuevo y tiró. Esta vez, con los pies bien

afirmados en el hielo, no cayó. Al segundo intento, el trineo se movió unos centímetros hacia adelante.

—Sigue, Zeryna, sigue —jadeó.

Ella se aplicaba afanosamente a la tarea de romper el hielo. Rand consiguió dar otro paso y otro y otro...

El trineo se movía ya casi por inercia.

—Basta —dijo él—. Ve a la popa y empuja.

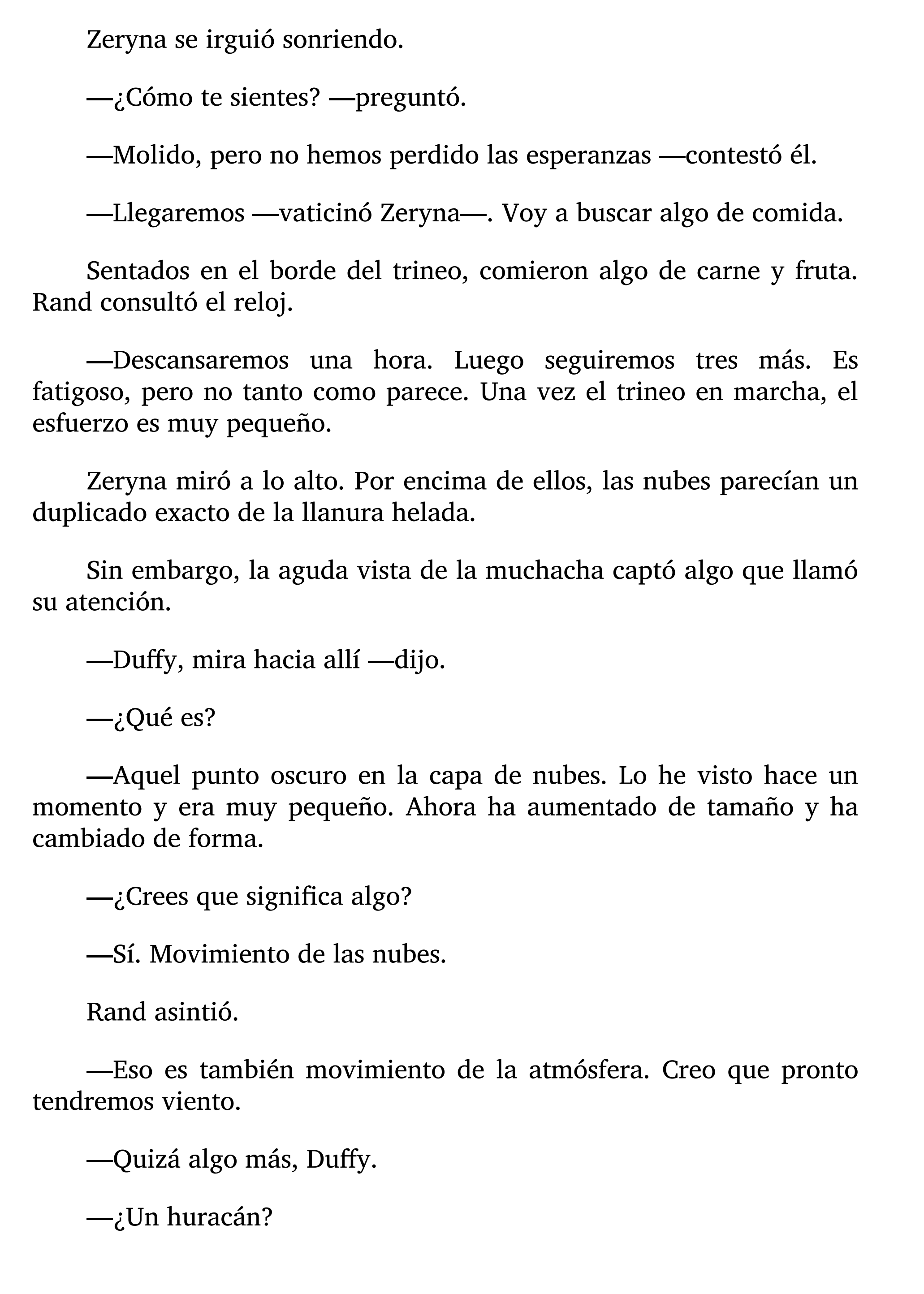
Zeryna echó a correr hacia atrás. Dejó el hacha al pasar por el trineo y se situó en la popa. Lenta, insensiblemente, empezaron a ganar terreno. Rand se preguntó cuánto tiempo podrían aguantar el esfuerzo.

Por un lado, sentía tentaciones de abandonar el trineo y caminar rápidamente hacia los Montes de la Muerte. Pero aún tenían doscientos kilómetros al menos para recorrer. Tendrían que viajar sin nada más que lo puesto, abandonando todo el equipo... y en la cabina, por las noches, al menos, tendrían el abrigo contra las bajas temperaturas, aparte de que conservaban las armas y el resto del equipo.

Decidió seguir tirando del trineo. Una vez vencido el momento de inercia, la fuerza que debía hacer era mucho menor.

Sin perder el ánimo, continuaron su camino, en medio de aquella soledad absolutamente silenciosa.

CAPITULO VII



Tres horas más tarde, Rand se detuvo.

—¡Alto! ¡Descanso!

Zeryna se irguió sonriendo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Molido, pero no hemos perdido las esperanzas —contestó él.

—Llegaremos —vaticinó Zeryna—. Voy a buscar algo de comida.

Sentados en el borde del trineo, comieron algo de carne y fruta. Rand consultó el reloj.

—Descansaremos una hora. Luego seguiremos tres más. Es fatigoso, pero no tanto como parece. Una vez el trineo en marcha, el esfuerzo es muy pequeño.

Zeryna miró a lo alto. Por encima de ellos, las nubes parecían un duplicado exacto de la llanura helada.

Sin embargo, la aguda vista de la muchacha captó algo que llamó su atención.

—Duffy, mira hacia allí —dijo.

—¿Qué es?

—Aquel punto oscuro en la capa de nubes. Lo he visto hace un momento y era muy pequeño. Ahora ha aumentado de tamaño y ha cambiado de forma.

—¿Crees que significa algo?

—Sí. Movimiento de las nubes.

Rand asintió.

—Eso es también movimiento de la atmósfera. Creo que pronto tendremos viento.

—Quizá algo más, Duffy.

—¿Un huracán?

—Puede..., pero también una nevada.

—Bueno, si sopla viento, nos moveremos rápidamente, que, a fin de cuentas, es lo que importa.

De pronto, Zeryna frunció el ceño.

—Me parece que antes tendremos otra contrariedad —dijo.

Se levantó y de un salto buscó la escopeta. Rand se incorporó también.

En el mismo momento oyó un extraño sonido.

Volvió la cabeza. Aquel ruido era producido por las alas de un gigantesco pájaro que volaba raudamente hacia ellos.

Rand se quedó estupefacto. La envergadura del ave no bajaba de los doce metros y su cuerpo tenía la longitud y el grosor adecuado a las alas gigantescas. A caballo sobre el colosal pájaro, con las piernas a ambos lados de la base del cuello, se divisaba a un individuo, que guiaba a la bestia alada por medio de unas riendas sujetas a ambos lados del pico.

—Este va solo —comentó él.

—Sí, y no trae buenas intenciones —dijo la muchacha.

—Aguarda, no dispares. Puede que sólo pase de largo...

El pájaro se acercaba raudamente. De súbito, su jinete movió la mano derecha y lanzó algo al suelo.

Rand vio el objeto. Parecía un ánfora de barro. Se preguntó por qué les arrojaba aquel cacharro, que bajaba volteando de las alturas a gran velocidad.

El ánfora se estrelló contra el suelo helado a diez metros del trineo y reventó con sordo estrépito. Un enorme chorro de fuego subió a lo alto instantáneamente.

—¡Demonios! —gritó Rand—, Ese tipo quiere abrasamos vivos.

—La botella contiene un líquido muy inflamable —explicó Zeryna —, Seguramente la proveyó de algún mecanismo incendiario.

—Sí, conozco el proceso —contestó él ceñudo—. Bueno, ese tipo

pide guerra y se la daremos.

El competidor había hecho virar a su pájaro y se disponía nuevamente a la carga. Rand preparó el lanzagranadas.

Una segunda ánfora voló por los aires. Esta vez, la dirección era correcta, pero el tiro resultó largo y el fuego se produjo delante del trineo. Rand dejó que el pájaro volase por encima de ellos, arrastrado por su propio impulso —calculó que volaba lo menos a ciento cincuenta kilómetros por hora—, y luego se volvió.

El ave remontaba ganando altura, para iniciar un nuevo viraje. Ran disparó la última carga del lanzagranadas.

El proyectil voló en busca de su blanco. Rand lo vio alcanzar al pájaro entre sus patas y perderse en el interior de su cuerpo. El ave sufrió un ligero estremecimiento.

De súbito, se produjo la explosión.

El pájaro se disolvió literalmente en una nube de humo, fuego y plumas. Las alas salieron despedidas a gran distancia. El competidor, privado súbitamente de su apoyo, cayó a plomo desde unos cien metros de altura.

Rand contempló la caída del sujeto, que agitaba los brazos y piernas desesperadamente. Se oyó un sordo estruendo y el hombre, tras rebotar unos centímetros, se quedó inmóvil.

Rand lanzó a un lado el ya inútil lanzagranadas.

—Esos pájaros son grandes, pero poco consistentes —dijo.

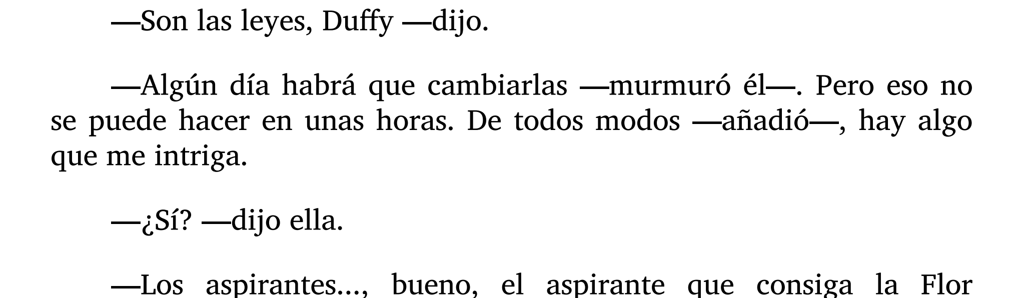
—Prácticamente, son huesos y unos pocos músculos. Necesitan ser muy ligeros para poder remontar el vuelo.

—Sí, se comprende.

Una nube de humo negro se deshilaba perezosamente en las alturas. Rand comprendió que, por lo menos, otra ánfora se había inflamado en la explosión de la granada.

Movió la cabeza pesarosamente.

—La verdad, este método de elegir al jefe supremo no parece demasiado democrático, es más bien una demostración de fuerza y astucia, ¿no crees, Zeryna?



Ella se encogió de hombros.

—Son las leyes, Duffy —dijo.

—Algún día habrá que cambiarlas —murmuró él—. Pero eso no se puede hacer en unas horas. De todos modos —añadió—, hay algo que me intriga.

—¿Sí? —dijo ella.

—Los aspirantes..., bueno, el aspirante que consiga la Flor Verde..., puede tardar mucho tiempo en alcanzarla. Años, incluso.

—Cierto —admitió ella.

—Pero, entonces, ¿quién gobierna el planeta?

—Hay un Consejo de Equidad que asume todos los poderes. Por otra parte, durante el interregno, no se promulgan nuevas leyes. Todo sigue igual, no se necesitan modificaciones.

—Diríase más bien que la elección del jefe supremo es cosa... de protocolo.

—En cierto modo, aunque luego puede modificar las leyes que estime injustas. Ahora ya me comprendes, ¿verdad?

Rand asintió. De pronto, notó un roce en la mejilla y se dio una palmada.

—Maldita mosca —gruñó.

—¿Una mosca? ¿Aquí? —se extrañó Zeryna—. Tú bromeas, Duffy

—Pues algo me ha rozado la cara...

Ella extendió la mano. Rand vio aparecer en la palma una manchita blanca.

—Nieva, Duffy —dijo Zeryna lacónicamente.

Rand volvió la cabeza.

Sí, caían copos de nieve... y su trayectoria no era vertical.

La vela se agitó un poco. Rand lanzó una alegre carcajada.

—¡Todo el mundo a bordo! —gritó—. ¡Vamos a zarpar!

* * *

La cortina de nieve era densísima. Desde su sitio, junto a la espadilla, Rand apenas si podía divisar la proa del trineo. El viento rugía y silbaba horriblemente. En ocasiones, calculó Rand, alcanzaba velocidades superiores a los cien kilómetros.

Más de una vez temió ver rasgarse la vela, pero el tejido resistió perfectamente los más duros embates. Era prácticamente irrompible, pensó. La araña con cuerpo de cordero fabricaba unos hilos muy resistentes.

El trineo parecía volar, más que deslizarse por la blanca superficie. Rand ansiaba llegar cuanto antes a los Montes de la Muerte.

La temperatura, aunque fuese baja, resultaba mucho más soportable. Había fieras, era cierto, pero donde existían los animales, existían también los vegetales. Pensó con delicia en un buen fuego de leña, a la entrada de una cueva, caliente y abrigada...

De pronto, se sorprendió al darse cuenta de que no echaba de menos su planeta natal.

Durante todos aquellos días, se había olvidado por completo de la Tierra, del capitán Bückhendorf, de su habilidad con los dedos, de la dueña de las joyas, de los cupones de comida y bebida.

Su vida actual era infinitamente más divertida, aunque no dejaba de evaluar las posibilidades de que se viese rápida y violentamente cortada. Pero valía la pena correr una aventura semejante. En comparación con lo que estaba pensando, su existencia libre e independiente en la Tierra le pareció de una vulgaridad aplastante, monótonamente irresistible... Ja vida de una hormiga, en fin.

De repente, oyó gritos. En la proa, Zeryna movía un brazo, indicándole algo. Los aullidos del viento le impedían entender sus frases.

—¿Qué sucede? —preguntó a voz en cuello.

Zeryna señaló hacia adelante con una mano. Rand alargó el cuello.

A través de la densísima capa de nieve que caía incesantemente del cielo, creyó divisar una masa oscura.

Se acercaba a un obstáculo. Probablemente, llegaban a los Montes de la Muerte. Abandonando la espadilla, corrió hacia el mástil. Era preciso arriar la vela.

Casi en el mismo instante, oyó un terrible crujido. Zeryna gritó. Rand la vio salir despedida hacia adelante, pero, simultáneamente, sintió que una fuerza irresistible le arrancaba los pies del trineo.

Sonaron ruidos y chasquidos. La vela aleteó fragorosamente. Rand dio una vuelta completa en el aire y cayó sobre algo frío y blanco. '

Quedó momentáneamente de espaldas. Entonces, aterrado, vio que el trineo, frenado por un duro obstáculo, se levantaba de popa.

Aterrado, gateó velozmente. El trineo se puso casi vertical. En otras circunstancias, habría vuelto a caer sobre sus patines. El huracán, sin embargo, terminó de darle la vuelta y chocó contra el suelo nevado con fuertes chasquidos de maderas rotas.

Rand se sentó en el suelo, tanteándose el cuerpo todavía conmocionado por el choque. Por fortuna, no tenía ningún hueso roto.

Pero no se veía el menor rastro de la muchacha. Poniéndose en pie, con nieve hasta la cintura, lanzó un poderoso grito.

—¡Zeryna!

Algo se agitó a poca distancia. Rand vio una mano que sobresalía de la nieve y corrió hacia aquel lugar. Tiró con todas sus fuerzas. Zeryna asomó, pálida, pero sonriendo.

—Hay un hoyo y me hundí por completo —explicó momentos después—. Creo que eso me salvó la vida, Duffy.

—La nieve nos la salvó a los dos —dijo él—. De otro modo, a cien kilómetros por hora, nos habríamos hecho papilla contra el suelo.

Zeryna lanzó una mirada al trineo, que yacía boca abajo.

—Tenemos que sacar el equipo —dijo—. Pero pesa mucho y no podremos darle la vuelta.

—Conservamos los cuchillos y cortaremos las cuerdas que unen

los troncos —decidió Rand.

Media hora más tarde, estaban dispuestos para la marcha.

A los pocos minutos, vieron que la nieve que caía se hacía menos intensa.

También notaron una ligera modificación de la temperatura. Treinta minutos después, pasaron a una zona aún fría, pero ya sin nieve y cubierta enteramente de verdor.

Los árboles eran enormes, con troncos de cinco y más metros de espesor. Algunos alcanzaban los cien metros de altura. A Rand le recordaron los bosques de secoyas de la antigua California.

La visibilidad no era mala del todo. A veces, podían divisar las cumbres de las montañas bañadas por el sol. El aire era mucho más agradable y perfumado. Era un lugar enteramente distinto, se dijo Rand.

Súbitamente, Zeryna vio algo que la hizo detenerse como clavada al suelo. Rand frunció el ceño al divisar el enorme cartel, sujeto a dos postes clavados en el suelo, en el que había un mensaje escrito.

Zeryna lo leyó, lanzó un grito y se desplomó al suelo.

CAPITULO VIII

Rand se alarmó, aunque pudo ver muy pronto que Zeryna no se había desmayado, sino que se había dejado caer, presa de un acceso de desesperación. Aunque entendía perfectamente a la muchacha, los caracteres del cartel le resultaban absolutamente incomprensibles.

—Zeryna… —Le palmeó las mejillas suavemente—. Vuelve, vuelve…

Ella se sentó. Sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Hemos fracasado —se lamentó amargamente.

—¿Por qué? La Flor está aquí, ¿no?

Zeryna denegó con la cabeza.

—No. Voy a traducirte el aviso. Dame la mano, por favor.

Rand la ayudó a ponerse en pie. Ella suspiró y volvió a situarse ante el cartel. Con voz insegura, leyó:

«Aviso a todos los competidores en la búsqueda de la Flor Verde. El objeto de la competición se halla en Tryotya, la capital. Todo competidor deberá dirigirse a Kyotya a inscribirse ante el Consejo de Equidad, antes de la medianoche del octavo día del mes quinto, fecha y hora en que se dará la competición realmente por iniciada.»

Se volvió hacia el joven y añadió:

—Eso es todo, Duffy.

Rand se acarició el mentón, ya cubierto de vello.

—Desconozco el calendario suddita —manifestó. Miró su reloj de pulsera—. En la Tierra son ahora las doce y media del veintidós de octubre del dos mil cuatrocientos sesenta y siete. ¿Y aquí?

—Estamos en el mes quinto, cuarto día —contestó ella sombríamente.

—¡Por todos los diablos! ¿Quiere decir eso que hemos perdido el tiempo?

—Sí, justamente.

Desmadejada, Zeryna se sentó de nuevo en el suelo. Rand no

sabía qué hacer.

Allí no podían continuar indefinidamente. Y la travesía al Desierto Frío, en sentido inverso, iba a ser un calvario. Luego...

Aunque lo consiguieran, ni siquiera le quedaba el recurso de llevarse a Zeryna consigo, de vuelta a la Tierra. Forzosamente, debía quedarse en Suddo

Y en aquellas circunstancias, no le agradaba en absoluto. Ahora había perdido el estímulo y el ansia de culminar la aventura. Sí, Zeryna lo había definido exactamente: estaban derrotados.

Al cabo de unos momentos rompió el silencio.

—Zeryna...

—Dime, Duffy.

—¿Qué distancia hay a Tryotya?

—Si dispusiéramos de un pájaro; una jornada entera. Con un «Ocho», dos..., pero no podemos soñar con imposibles.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír.

—Duffy, me has ayudado con todas tus fuerzas; has corrido riesgos inmensos y hasta me has salvado la vida. Eso es algo que no olvidaré jamás.

—No tienes que agradecerme nada —contestó él—. Lo hice... porque me pareció justo, eso es todo.

Zeryna suspiró.

—En fin, sólo me queda un recurso —dijo.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Confiar en que Burtha no gane y otro nuevo jefe derogue las leyes que esclavizan a mi pueblo.

—Pero, entonces, el Consejo de Equidad ¿para qué sirve? ¿Acaso ese nombre es una burla?

—No puede intervenir en asuntos internos de los pueblos; se lo impiden las leyes ancestrales.

—La esclavitud de un grupo de personas por otro más fuerte no es asunto solamente de unos pocos, sino de todos. El Consejo debiera intervenir, me parece.

—No puede —insistió ella—. La situación actual no pone en peligro el equilibrio político planetario. En Zryon somos solamente unos dos centenares de miles de personas. Los tryonitas son algunos más. Como puedes ver, se trata de un número insignificante, en comparación con la población total de Suddo, que asciende a unos veinte millones.

—Eso es hipocresía pura —rezongó el joven—. Pero hay una solución.

—¿Cuál, por favor?

—Si el Consejo no interviene para liberaros de la esclavitud, tampoco intervendrá en sentido contrario, me imagino.

—Creo que no…

Rand sonrió.

—En tal caso, pronto habrá una guerra de esclavos contra amos —dijo.

—¿Una guerra?

—Si lo prefieres, llámalo rebelión. Puedo ayudaros mucho; aunque no de un modo directo, tengo conocimientos de historia que me permitirán organizar una rebelión sistemática… y devastadora para los tryonitas. Es cuestión de paciencia… pero lo conseguiremos, te lo aseguro.

La vehemencia de Rand hizo sonreír a la muchacha.

—De todos modos, eso tardará todavía un poco —dijo—. Hay algo más urgente y es preocuparnos por nosotros mismos.

—Sí, claro.

—Puesto que no vamos a poder llegar a la competición, lo mejor será que empecemos a buscar la mejor manera de sobrevivir. Creo que deberíamos descansar algunos días, antes de emprender de nuevo la travesía en sentido opuesto.

—Sí, por ahora es lo mejor —concordó Rand—. Empezaremos por

buscar leña y…

Calló de pronto. A unos mil metros de distancia, dos pájaros gigantes planeaban en dirección al lugar en que se encontraban.

* * *

El primer pájaro aterrizó a poca distancia. Un hombre se apeó inmediatamente y caminó hacia la pareja. Era un sujeto alto, delgado, vestido con gruesas ropas de abrigo y no iba armado.

Al llegar frente a los dos jóvenes, se tocó el pecho con la mano derecha en señal de saludo.

—Soy Detton-Struz, enviado del Consejo de Equidad —se presentó—. Sois competidores de la Flor Verde, me imagino.

—Ella —dijo Rand—. Yo sólo soy su ayudante.

—Me llamo Zeryna, de Zryon. El es Duffy Rand, de Tierra —declaró la muchacha.

Detton les miró inquisitivamente durante unos segundos.

—Celebro conoceros —dijo al cabo—. Os habéis enterado del cambio de condiciones en la competición.

—Sí, desde luego —respondió Zeryna.

—El Consejo decidió realizar algunas modificaciones. Fueron necesarios muchos días de deliberaciones. Al fin, triunfó la mayoría moderada. Las pruebas son demasiado duras. Muere mucha gente innecesariamente. Es preciso suavizar las costumbres.

—Excelente —comentó Rand—. Empieza a notarse la civilización de Suddo.

—Lo cierto es que los triunfadores de anteriores competiciones, fueron siempre unos magníficos jefes supremos —dijo Detton—. Pero son otros tiempos…

—No creo que se pueda decir una cosa así de Brughon —protestó Zeryna—. Esclavizó a mi pueblo. Somos sus siervos, trabajamos para los tryonitas de sol a sol… No, no se puede decir que Brughon haya sido un magnífico jefe supremo.

—Vosotros fuisteis siempre un pueblo muy pacífico, cualidad que es altamente elogiable, pero hay momentos en que las personas deben demostrar que son seres humanos y luchar por lo que creen es justo, en lugar de ponerse a llorar por su desgracia —criticó Detton.

Zeryna enrojeció.

—Eso es verdad —murmuró.

—Si hubierais opuesto un mínimo de resistencia, tal vez Brughon se lo habría pensado dos veces antes de enviar sus guerreros contra vosotros. Pero, o poco menos, le bastó con decir: «Ahora sois mis esclavos; trabajaréis para mi pueblo.» Y Zryon en masa aceptó ese destino humillante. No os quejéis, pues, de algo cuya culpa también tenéis una buena parte.

—Detton tiene toda la razón, Zeryna —interrumpió el joven.

Ella se mordió los labios.

—Pensábamos que... Bueno, ¿qué importa ya lo que haya ocurrido? Estábamos hablando de la competición, Detton- Struz.

—Es cierto —convino el aludido—. No soy yo el único enviado del Consejo; hay muchos más por otros sitios, buscando a posibles competidores. Os he encontrado a vosotros y tengo un pájaro a vuestra disposición, para facilitaros el viaje hacia Tryotya. Cuando lleguéis allí, os alojaréis en la Casa de los Viajeros.

Detton sacó de sus ropas una tableta de color rojo, de la mitad del tamaño de su mano, y se la entregó a la muchacha.

—Será suficiente para que os proporcionen alojamiento —añadió —. En cuando a las condiciones para la búsqueda del símbolo, serán expuestas la víspera del día fijado para el inicio de la competición.

—Te damos las gracias —contestó Zeryna sencillamente.

—Os deseo suerte —sonrió Detton.

Levantó la mano hacia arriba. El otro pájaro planeaba en el cielo., describiendo círculos en torno a aquel lugar.

—Cuando yo me haya ido, él se posará en el suelo —se despidió.

* * *

El pájaro quedó en las afueras y, libre de sus pasajeros, emprendió el vuelo de inmediato. Rand y Zeryna avanzaron hacia las primeras casas de la capital de Suddo.

Rand no ocultaba su admiración y entusiasmo por lo que veía. Era una ciudad muy grande, con largas y anchas calles, rectas, cruzadas por otras transversales. Los edificios eran comúnmente de una o dos plantas, macizos, cuadrados, hechos para durar siglos, con una piedra que parecía durísima y que ofrecía diversos colores, todos suaves y matizados. Abundaba el gentío por las calles y todas las personas con las que se cruzaban eran sencillas y afables.

La vestimenta era muy liviana, debido a la excelente temperatura ambiental. Pero el asombro de Rand llegó al colmo cuando vio las tiendas.

—Dios mío, hay comercio —exclamó.

—Claro, ¿qué te creías? —contestó Zeryna.

—Y usáis moneda…

—Sí. Discos de un metal dorado, muy resistente, y de diversos valores…

Rand se paró de pronto ante una gran ventana, en la que había expuestos unos objetos que le hicieron sonreír.

—Joyas —murmuró.

Tanteó sus bolsillos. Aún llevaba encima, ni siquiera sabía por qué lo había hecho, las joyas robadas a la ardiente enamorada. Lo que más le impresionó, sin embargo, fue que no había la menor protección en aquel escaparate.

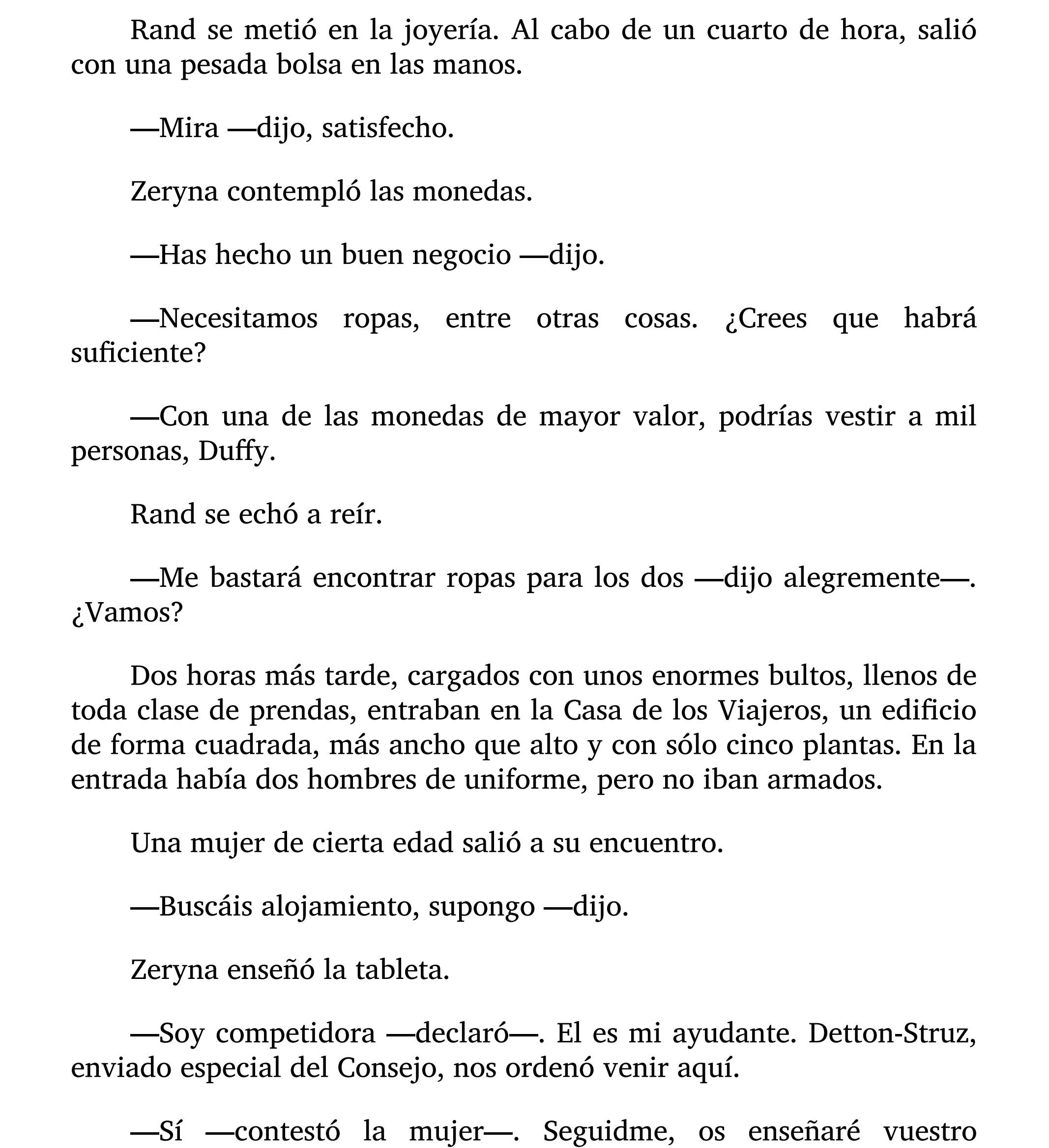
—Ni siquiera un cristal —dijo.

—El robo es desconocido aquí —declaró Zeryna—. Se dan casos muy raros.

—¿Cuál es la pena? —contestó él.

—Destierro a las Montañas de la Muerte para siempre.

—Siendo así, no me extraña que no haya ladrones. ¿Quieres esperar unos momentos?



Rand se metió en la joyería. Al cabo de un cuarto de hora, salió con una pesada bolsa en las manos.

—Mira —dijo, satisfecho.

Zeryna contempló las monedas.

—Has hecho un buen negocio —dijo.

—Necesitamos ropas, entre otras cosas. ¿Crees que habrá suficiente?

—Con una de las monedas de mayor valor, podrías vestir a mil personas, Duffy.

Rand se echó a reír.

—Me bastará encontrar ropas para los dos —dijo alegremente—. ¿Vamos?

Dos horas más tarde, cargados con unos enormes bultos, llenos de toda clase de prendas, entraban en la Casa de los Viajeros, un edificio de forma cuadrada, más ancho que alto y con sólo cinco plantas. En la entrada había dos hombres de uniforme, pero no iban armados.

Una mujer de cierta edad salió a su encuentro.

—Buscáis alojamiento, supongo —dijo.

Zeryna enseñó la tableta.

—Soy competidora —declaró—. El es mi ayudante. Detton-Struz, enviado especial del Consejo, nos ordenó venir aquí.

—Sí —contestó la mujer—. Seguidme, os enseñaré vuestro alojamiento.

—Habitaciones separadas, pero próximas, por favor —pidió el terrestre.

—Desde luego.

La arquitectura interior era pesada, abrumadora en ocasiones, pero no había dudas sobre su funcionalidad. El ascenso a los pisos superiores se hacía por medio de suaves rampas en espiral. Rand supo así que no conocían los ascensores. No había visto máquinas y ello le dijo que en Suddo se desconocía la fuerza de vapor y la electricidad.

—Quizá sea mejor así; acabarían con la atmósfera hecha una porquería, como en la Tierra.

Momentos después, entraba en su cuarto. Entonces vio algo que le hizo lanzar un alarido de júbilo: -

—¡Una bañera!

CAPITULO IX

Estuvo largo rato sumergido en el agua tibia, dejando que se disolviese la suciedad de largas semanas de permanencia en difíciles condiciones. Al terminar, se secó y afeitó con la navaja que había comprado, diferente en el diseño de las terrestres, pero con la misma utilidad. También había comprado algunos perfumes. A fin de cuentas, pensaba, Suddo parecía hallarse en un estado de civilización semejante a la Edad Media en la Tierra, aunque algo más adelantados en ciertos aspectos.

Una vez hubo concluido, se sintió incomparablemente mejor. Las ropas eran de tejido suave y sedoso, muy liviano y nada incómodo. Rand se preguntó si en Suddo habría algo parecido al vino. Hubiera tomado un par de copas de buena gana.

De pronto, llamaron a la puerta.

«Será Zeryna», pensó.

Abrió y se encontró frente a un individuo gigantesco, muy corpulento, de frondosa barba negra, vestido con una especie de coraza de cuero y pantalones del mismo material. En el lado izquierdo llevaba un cuchillo de pavorosas dimensiones.

—Eres Duffy Rand —dijo el barbudo.

—Sí.

—Me llamo Eshdor. Soy el ayudante de Burtha, de Tryot. Ella quiere verte, sígueme.

Rand se quedó con la boca abierta. La llamada de Burtha era algo que no hubiera imaginado siquiera. Pero le picó la curiosidad y acabó por sonreír.

—Claro —accedió—. Tendré mucho gusto en conocerla.

Eshdor giró en redondo y echó a andar, sin añadir una sola palabra. Rand le siguió en el acto.

Descendieron dos pisos. Cuando acometían el corredor, Rand vio que se abría una puerta.

Un hombre salió y les dirigió una fugaz mirada. Parecía tener unos cincuenta años y se cubría con un largo mantón gris, que levantó en el acto con el brazo para ocultar su rostro.

El individuo se perdió rápidamente en la otra escalera. Eshdor se detuvo en la misma puerta.

—Entra. Ella está ahí —indicó.

Rand abrió y dio unos pasos en el interior de la estancia, mucho más espaciosa y mejor decorada que la suya. Reclinada en una especie de diván, de enormes dimensiones, había una mujer que le sonreía.

Era joven, algo mayor que Zeryna, sin embargo. Calculó que debía tener una edad comprendida entre los veintisiete y los treinta años. El pelo era rubio y los ojos grises. Vestía muy sencillamente: un peto con dos cazoletas, para los senos, redondos, pesados, y una especie de falda que empezaba bastante más abajo del ombligo, abierta por un costado, de modo que dejaba la pierna izquierda al descubierto.

—Soy Burtha, hija de Brughon —se presentó.

Rand hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Ya conoces mi nombre —contestó—. ¿En qué puedo servirte?

—Eres el ayudante de Zeryna, de Zryon.

—Sí.

—Ella quiere la Flor Verde.

—Y tú también.

—Es una lástima que las leyes no permitan los gobiernos hereditarios. De todas formas, espero suceder a mi padre.

—Lamento no poder desearte suerte, Burtha.

Ella rió suavemente.

—Conseguiré la Flor —aseguró.

—Entonces, sucederás a tu padre.

—Resultaría muy beneficioso para Suddo, en efecto. Duffy, me gustaría que vinieras a cenar conmigo esta noche.

Rand levantó las cejas.

—¿Aquí?

—¿Por qué no?

El joven sonrió.

—Será un placer, Burtha. ¿Hora?

—La noventa, según el cómputo del horario de Suddo.

—Seré puntual —prometió él.

Burtha volvió a sonreír.

—Eres muy atractivo.

Ya no hubo más. Rand dio media vuelta y abandonó la estancia.

Cuando volvió a su cuarto, vio a Zeryna.

—¿Dónde has estado? —preguntó la chica.

—Burtha tenía ganas de conocerme.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. He estado hablando con Burtha. Todavía hay más: me ha invitado a cenar con ella.

Zeryna le miró recelosamente.

—¿Piensas aceptar?

—Ya he aceptado.

—No te fíes de ella, Duffy.

—Descuida. ¿Vas a salir?

—Estoy muy fatigada. Me conviene descansar. Ignoro cómo serán las próximas pruebas... aunque tengo la seguridad de que no se permitirán ayudantes.

—Parece lógico, puesto que van a ser más suaves.

—Que te diviertas —se despidió.

Rand se quedó solo, acariciándose el mentón con la mano. Zeryna

se había marchado irritada, saltaba a la vista. Pero no podía ni tenía intenciones de evitarlo. No le convenía descubrir su juego.

* * *

Burtha lanzó una alegre carcajada y volvió a llenar la copa de su invitado. Rand tomó un ligero sorbo. Era un vino delicioso.

—De modo que compraste una aventura… y te has quedado aquí —exclamó la joven.

—No podía hacer otra cosa —contestó él.

—Tu planeta debe de ser maravilloso. Me gustaría conocerlo.

—Siento no poder complacerte. La puerta ha desaparecido.

—Quizá aparezca algún día.

—Lo dudo mucho, pero, en fin, la esperanza es lo último que se pierde. Ahora, cuéntame cosas de Tryot.

—¿Por qué no lo dejamos para otro rato?

Rand fijó la vista en la hermosa mujer que tenía ante él. Burtha había cambiado su indumentaria. Ya no llevaba los cuencos metálicos y su falda, aunque similar, era mucho más transparente. Los senos estaban apenas velados por una gasa, con muchos hilos dorados.

—En tal caso tendríamos que hablar de otro tema —dijo.

—¿Por ejemplo?

Rand se levantó. Fue al otro lado de la mesa, puso las manos sobre los suaves hombros y se inclinó para besarla en el cuello.

—Es un tema para el que se necesitan muy pocas palabras —murmuró ardorosamente—. A decir verdad, no es necesario hablar.

Ella elevó las manos y le asió los brazos. Luego elevó la boca.

Estuvieron así unos momentos. Rand la hizo levantarse.

Había un enorme lecho, cubierto por delicadas pieles, al otro lado de unas cortinas de gasa. Burtha se dejó llevar sin oponer la menor resistencia.

Dos horas más tarde, Rand se incorporó con gran cuidado.

Miró a su derecha. Burtha dormía profundamente.

El joven sonrió. Era una escena muy parecida a la que se había producido en la Tierra semanas antes. En silencio, se levantó y empezó a vestirse.

Abandonó el dormitorio. Pendiente del techo había una lámpara de barro llena de aceite, con varias mechas. Miró en todas direcciones.

De pronto vio un escritorio. Al menos, aquel mueble tenía dicha apariencia.

Levantó la tapa. Sonrió al ver aquel trozo de papel, en el que había unos extraños dibujos. Debajo había más papeles, pero en blanco.

Los dibujos del papel estaban en dos colores. La mayoría de las líneas eran negras, pero había otras en rojo. En realidad, era una sola.

A la derecha había unos tubitos, terminados en punta. Rand los examinó atentamente. Aquellas eran las plumas que se usaban en Suddo.

Sin hacer el menor ruido, se sentó ante el escritorio y empezó a trabajar. Burtha podía despertarse y armaría en principio un gran escándalo, pero él la acallaría muy pronto.

Treinta minutos más tarde, se incorporó. Volvió la vista hacia el dormitorio. Burtha continuaba dormida.

Pisando de puntillas, se dirigió hacia la puerta. Momentos después, corría por la rampa en dirección a su piso. Cuando alcanzaba el corredor, le pareció ver que se cerraba la puerta del dormitorio de Zeryna.

Frunció el ceño. ¿De dónde volvía la muchacha?

Súbitamente sintió una extraña aprensión. No parecía lógico que Zeryna hubiese abandonado su alojamiento a hora tan avanzada. Corrió hacia la puerta y la entreabrió suavemente.

Entonces divisó algo que le hizo sentir un horrible escalofrío.

Zeryna estaba dormida profundamente y por eso no se había dado cuenta de la presencia de un sujeto que levantaba un enorme cuchillo

por encima de su cabeza. Rand se dio cuenta de que no llegaría a tiempo de evitar el golpe fatídico.

—Eh —llamó suavemente.

El hombre, sobresaltado, se volvió instintivamente. Rand sonrió.

—Hola, Eshdor —saludó.

Se oyó un gruñido. Luego, Eshdor, actuando relampagueantemente, dio un par de pasos y lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas.

Rand adivinó sus intenciones y se ladeó hacia su izquierda. Inmediatamente contraatacó.

Nunca había sido un hombre luchador ni había hecho apenas ejercicio, pero ahora, varias semanas de continua vida al aire libre, habían endurecido sus músculos y proporcionado una agilidad que nunca había tenido. Pesaba noventa kilos y medía casi ciento noventa centímetros.

Eshdor le rebasaba quince centímetros y veinticinco kilos, por lo menos. Pero Rand tenía la seguridad de que desconocía ciertos métodos de lucha.

Antes de que Eshdor replegase el brazo con el que había arrojado el cuchillo, Rand se lanzó hacia él. Saltó hacia adelante, despegándose del suele, empleando la máxima potencia de sus piernas. Su cabeza alcanzó de lleno el poderoso pecho del ayudante de Burtha.

Era un impacto irresistible. Rand oyó claramente el crujido de los huesos del tórax de su enemigo. Eshdor abrió los brazos y salió violentamente proyectado hacia atrás.

Su cuerpo chocó contra la ventana. Se inclinó de espaldas y sus piernas se levantaron hacia arriba. Durante una fracción de segundo, manoteó desesperadamente. Luego se venció y cayó al vacío.

Rand percibió un sordo estruendo, parecido al de una calabaza al romperse. Aquel sonido indicaba claramente la suerte que había corrido el frustrado asesino.

No lo lamentó. Eshdor había intentado dar muerte a Zeryna y, estaba seguro de ello, no lo había hecho por propia iniciativa.

La muchacha se había despertado. Sentada en la cama, sin darse cuenta de que sus senos quedaban a la vista, miraba al joven con ojos desorbitados.

—Duffy...—No hables ahora —dijo él rápidamente. Sacó algo de su camisa y lo arrojó sobre la cama—. Guárdalo; va en ello la libertad de tu pueblo.

Zeryna quiso decir algo. Alargó el brazo, pero Rand corría ya hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, se volvió hacia la muchacha:

—Si te preguntan algo, tú no sabes nada, ¿entendido?

Zeryna no había reaccionado todavía. De pronto se puso en pie y corrió hacia la ventana.

Miró hacia abajo. Un hombre yacía en el suelo, con los brazos y las piernas abiertos. En torno a su cabeza se veía una gran mancha de siniestro color oscuro.

Mientras tanto, Rand llegaba al alojamiento de Burtha y entraba sin hacer el menor ruido. Rápidamente, se desnudó y arrojó las ropas sobre el diván. Cuando se acercaba a las cortinas, oyó la voz de Burtha:

—Duffy, ¿dónde estás? —preguntó ella lánguidamente.

—Aquí, encanto. Perdona, pero tuve que ir al lavabo un momento...

Ella extendió los brazos.

—Ven, ven... —llamó.

—Con mucho gusto, hermosa.

CAPITULO X

El Consejo de Equidad se hallaba reunido en el gran salón donde iban a exponerse las condiciones para la competición.

Estaba compuesto por trece personas, de ambos sexos, todas, en general, de cierta edad. Un hombre de blancos cabellos, Li-Mbux, era el presidente. Todos los miembros del consejo iban ataviados con largas túnicas doradas. Sobre el hombro izquierdo llevaban un disco de bordes rojos, cuyo espado interior era de vivo color plateado. En el centro se veían los signos numéricos que correspondían a cada uno de los consejeros y que indicaban el orden respectivo.

Había mucha expectación, aunque Rand se sintió un tanto defraudado, porque esperaba ver a más gente.

«Se ve que la política no interesa demasiado en Suddo», pensó.

Prácticamente sólo estaban los competidores y un centenar escaso de curiosos. Entre los competidores, apreció Rand, los había de todos los tipos y cataduras, sin que faltasen las mujeres, por supuesto. Rand se estremeció: algunos de los rivales de Zeryna daban miedo.

Parecían auténticos forajidos. Se preguntó cuál sería la suerte de los sudditas, si alguno de aquellos sujetos conseguía triunfar.

Burtha, sonriente, en apariencia segura de sí misma, figuraba en primera fila. Zeryna estaba algo más a su derecha.

Pero Rand podía apreciar cierto nerviosismo en Burtha. A esas horas, ella sabía de sobras que Eshdor había muerto.

El plan de eliminación de Zeryna había fallado. Y lo peor era que no podía hacer nada para revelar el suceso, porque podía comprometerla. Tenía que seguir aparentando tranquilidad y seguridad en la victoria.

De pronto, Rand vio algo que le hizo fruncir el ceño.

En el lado derecho del estrado, casi en el extremo, vio un rostro conocido.

Aquel hombre había salido dos noches antes del dormitorio de Burtha. Sí, tenía unas facciones inolvidables. Los ojos pequeños, negros, como bolitas de metal, la nariz ganchuda, los labios pálidos, delgados...

Delante de su asiento había un rótulo. Rand leyó el nombre del consejero: SordhukIi.

Lo anotó en su memoria, mientras simulaba estar atento al espectáculo. En aquel momento, Li-Mbux movió la mano.

—Amigos todos —exclamó—. Como ya sabéis, las pruebas para encontrar la Flor Verde han sufrido una modificación poco menos que radical. Son otros tiempos, es preciso acomodarse a una nueva época. Debemos ser pacíficos, amables y corteses, y todo ello en perjuicio del espíritu de competición, que permite la lucha noble y sin dobleces.

»Se ha derramado mucha sangre en las pruebas, no sólo en el pasado lejano, sino en el próximo, ayer mismo, podría decirse. Es preciso evitar acciones que pongan en peligro la vida de las personas. Por tanto, hemos decidido que la prueba sea única y no dañina para el físico de los competidores. Ni tampoco para su mente, desde luego.

»En tales circunstancias, los competidores no podrán actuar todos a la vez, sino que tendrán que hacerlo de forma sucesiva, es decir, uno tras otro. Pero esto podría representar cierta desventaja para algunos, menos dotados que otros. Y para evitarlo, hemos acordado celebrar un sorteo, el cual establecerá el orden en que deben actuar cada uno de los aspirantes a la Jefatura Suprema.

Se oyeron unos murmullos de aprobación. Li-Mbux volvió a levantar las manos.

—La prueba es muy sencilla, al menos en apariencia —prosiguió —. Se trata de cruzar un laberinto y llegar a la salida. El que lo consiga, será el jefe supremo de Suddor hasta el día de su muerte.

Zeryna levantó una mano bruscamente.

—¿Tienes algo que objetar? —preguntó Li-Mbux.

—Sí —contestó ella con voz firme—. Dices que el ganador será elegido jefe supremo. Pero no has mencionado para nada la Flor Verde. Sin ese símbolo, nadie admitirá la autoridad del nuevo jefe.

—Cierto —contestó Li-Mbux—, Sucede, sin embargo, que el ganador recibirá la Flor y nadie dudará en lo sucesivo de su rango.

Rand frunció el ceño. Allí había algo muy extraño.

Escrutó los rostros de los miembros del Consejo. Había una mujer

de cierta edad, pero todavía muy atractiva. De pronto, vio que ella le miraba. Rand sonrió. Ella sonrió también, aunque de forma imperceptible.

Rand le hizo un rápido guiño. Ella le contestó con un rápido parpadeo.

«Está en el bote», pensó Rand. En todas partes, se dijo, las mujeres tenían las mismas reacciones. Valía la pena aprovechar la ocasión,

Li-Mbux continuó:

—Ahora mismo se va a proceder al sorteo de los puestos para el paso del laberinto. Una vez conocido el orden de la competición, habrá que esperar a mañana, a la segunda hora. Entonces el número uno entrará en el laberinto y…

A Burtha le había correspondido el siete. Por casualidad, Zeryna obtuvo el siguiente puesto. Según el presidente, se tardarían quince minutos, aproximadamente, en recorrer el laberinto y encontrar una de las dos puertas. El que acertase con la puerta del triunfo, sería el nuevo jefe supremo.

Rand se inclinó hacia la muchacha.

—Al menos, no hay peligros —dijo.

Ella asintió. Luego, Rand volvió su atención hacia la consejera madura. Le guiñó un ojo por segunda vez. La consejera asintió.

Li-Mbux dio por terminada la sesión. Los consejeros se levantaron.

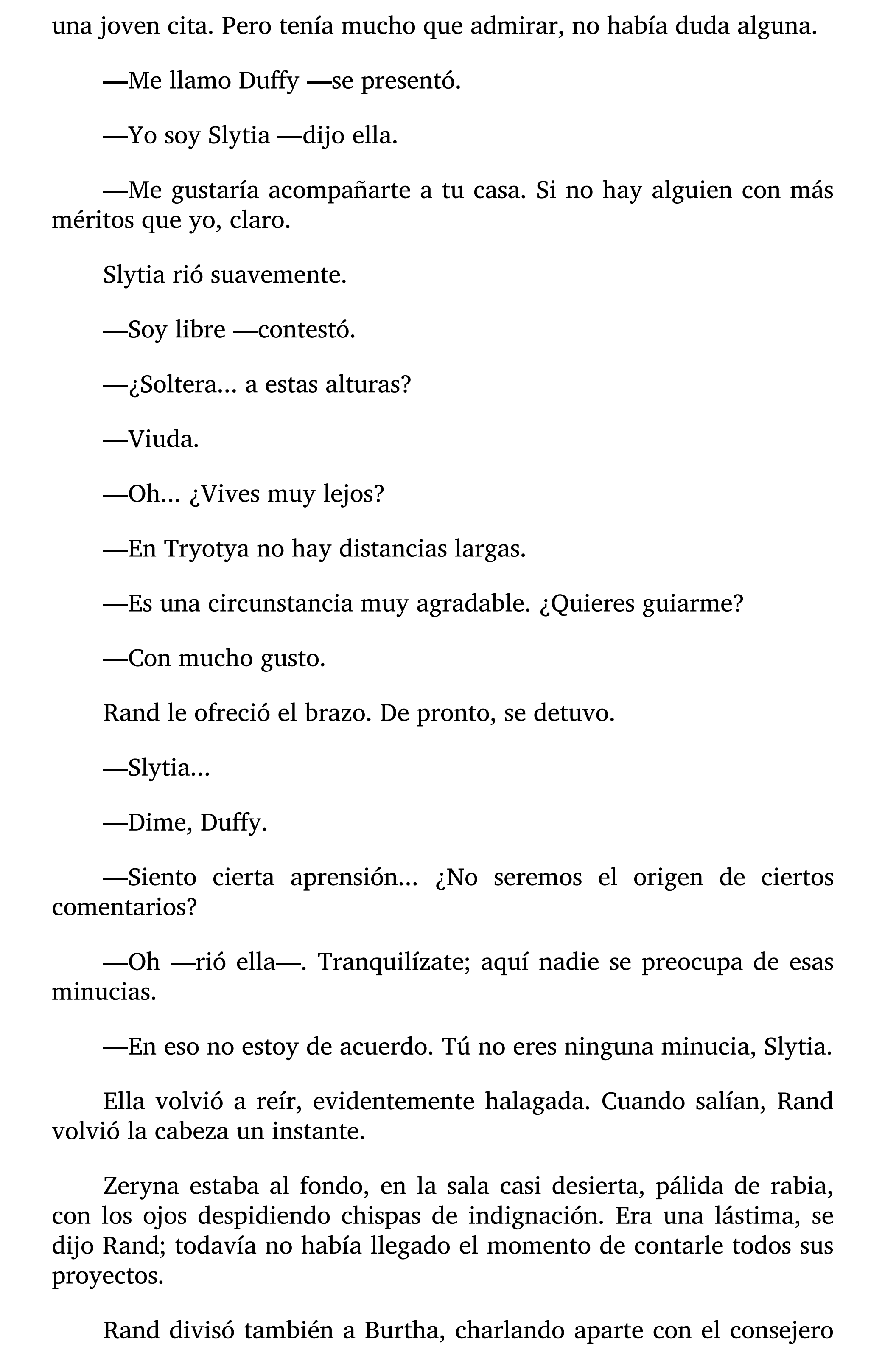
Hubo una ligera confusión. Rand se separó de Zeryna.

—Nos veremos más tarde —dijo.

Rand se abrió paso entre los espectadores. El consejero que se había entrevistado subrepticiamente con Burtha se disponía a salir. Rand tropezó con él y simuló apoyarse en su cuerpo para evitar caer al suelo.

El hombre gruñó, irritado. Rand se disculpó lo mejor que pudo. Luego se acercó a la consejera.

De cerca era más guapa, a pesar de que, evidentemente, ya no era



una joven cita. Pero tenía mucho que admirar, no había duda alguna.

—Me llamo Duffy —se presentó.

—Yo soy Slytia —dijo ella.

—Me gustaría acompañarte a tu casa. Si no hay alguien con más méritos que yo, claro.

Slytia rió suavemente.

—Soy libre —contestó.

—¿Soltera... a estas alturas?

—Viuda.

—Oh... ¿Vives muy lejos?

—En Tryotya no hay distancias largas.

—Es una circunstancia muy agradable. ¿Quieres guiarme?

—Con mucho gusto.

Rand le ofreció el brazo. De pronto, se detuvo.

—Slytia...

—Dime, Duffy.

—Siento cierta aprensión... ¿No seremos el origen de ciertos comentarios?

—Oh —rió ella—. Tranquilízate; aquí nadie se preocupa de esas minucias.

—En eso no estoy de acuerdo. Tú no eres ninguna minucia, Slytia.

Ella volvió a reír, evidentemente halagada. Cuando salían, Rand volvió la cabeza un instante.

Zeryna estaba al fondo, en la sala casi desierta, pálida de rabia, con los ojos despidiendo chispas de indignación. Era una lástima, se dijo Rand; todavía no había llegado el momento de contarle todos sus proyectos.

Rand divisó también a Burtha, charlando aparte con el consejero

de la nariz ganchuda. El hombre parecía muy nervioso y no hacía más que palparse los ropajes. Burtha estaba muy enfadada, saltaba a la vista.

El joven sonrió para sus adentros. Entonces, Slytia dijo:

—Me gustaría que compitieses por la Flor, Duffy.

—Oh, no lo haría ni por todos los tesoros del mundo. No tengo ambición de poder, hermosa —contestó Rand virtuosamente.

Caminaron por la calle, sin prisas. De pronto, Rand vio un escaparate al paso y se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Slytia.

—¿Quieres aguardarme un momento, por favor? Quiero comprarte un obsequio…

—Oh, no es necesario…

Pero Rand había entrado ya en la tienda, en cuyo escaparate había visto unas joyas de aspecto muy agradable. Señaló una de ellas al vendedor, que se apresuró a entregársela.

—Tienes un gusto exquisito —dijo—. Esta es la única tienda donde está permitido vender reproducciones de la Flor Verde.

—Gracias, eso es precisamente lo que me llamó la atención. ¿Cuánto vale?

—Diez monedas de mil. Son las de mayor tamaño.

Afortunadamente, Rand llevaba encima dinero suficiente, pero le extrañó el precio, teniendo en cuenta la suma que había obtenido en otro establecimiento similar, por las joyas terrestres.

—Un poco caro, ¿no? —se quejó.

—Lo siento —se disculpó el vendedor—. Estas mismas monedas, hace pocos días, valían solo quinientas unidades.

—Caramba, se ha devaluado…

—Al cincuenta por ciento…

Rand frunció el ceño un instante. Aquella devaluación, se dijo,

debía de haber proporcionado una inmensa fortuna a unos cuantos especuladores.

«Igualito que en la Tierra», se dijo. Pagó y, con la sonrisa en los labios, salió a la calle. —Tómala, es tuya —dijo, al entregar la joya a Slytia. Ella le miró arrobada.

—Duffy, ¿qué puedo hacer yo para agradecerte...?

Rand la tomó del brazo y la empujó con suavidad. —Vamos a tu casa. Allí te indicaré la forma de darme las gracias —contestó.

* * *

El pie de Zeryna golpeó con violencia el suelo cuando Rand abrió la puerta de su dormitorio.

—¡Al fin! Creí que no ibas a volver nunca...

—No he podido ir a la Tierra —contestó él tranquilamente—. Pero, en cambio, he averiguado un montón de cosas. Empiezo a comprender todo lo que está pasando en Suddo.

—¿Cómo?

De pronto, Rand vio algo encima de una mesa y sonrió.

—Hombre, vino —exclamó.

—Lo pedí yo... Bueno, no soy aficionada a beber, pero me sentía nerviosa...

—Es una lástima, aquí no hay café —dijo él mientras llenaba una copa—. Zeryna, lo que está sucediendo aquí es mucho más grave de lo que te puedes imaginar.

—No entiendo...

Rand tomó un sorbo y chascó la lengua.

—¡Buen vino! —elogió—. Tienes que ganar la competición, ineludiblemente, aunque para ello he puesto yo los medios oportunos.

—Eso es hacer trampa...

—Ellos la hacen también y aún más gordas, empezando por el

intento de asesinato. Pero incluso eso es poco.

—¿Poco? ¿Por qué no te explicas de una vez?

—Zeryna, dime, ¿qué hacen las gentes de tu pueblo, ahora que están esclavizadas?

—Bueno..., trabajan en las minas... Extraen el metal, lo funden, hacen funcionar los cuños donde se elabora la moneda...

—Y todo ello regido por los hombres de Burtha...

—Sí.

Rand sacó una moneda y la hizo saltar en el aire.

—Hace nada más cuatro días, valía cien. Su valor, ahora, es doscientos. Eso significa que, de la noche a la mañana, el valor del oro se ha duplicado.

—¿Y qué? No tiene ninguna importancia...

—¿De veras? —Rand sonrió—. Con la misma cantidad de oro, puedes comprar el doble de cosas. Dime si tiene importancia o no.

—Oh... No me había fijado.

—Has perdido mucho tiempo en lugares donde el dinero no hacia falta. Aquí, en Tryotya., sí.

—Y eso, ¿tiene algún significado especial?

—Claro. Dime, ¿quién posee la facultad de acuñar moneda?

—El Consejo de Equidad, por supuesto.

—Ya te dije hace tiempo que la palabra equidad no era más que un adorno. Como dicen en la Tierra, alguien se va a «forrar» con esa súbita devaluación al cincuenta por ciento. ¿Quieres saber otra cosa más?

—Eres un pozo de sorpresas —sonrió Zeryna, que había dulcificado su actitud—. ¿De qué se trata?

—Li-Mbux es sólo un figurón. Preside el Consejo, desde luego, pero se ha dejado llevar por otros más ambiciosos, entre los que figura Sordhuk.

—Le conozco. Siempre fue un sujeto astuto, desleal, escurridizo como una serpiente.

—En realidad, Sordhuk es quien lleva la voz cantante, secundado por otros no menos ambiciosos que él. Algunos, por supuesto, le son contrarios, pero eso no importa; siempre conviene una cierta oposición, para que las cosas resulten más legales.

—¿Y...?

—Uno de los miembros opuestos a Sordhuk es Slytia, precisamente la bella consejera a la que acompañé a su casa después del sorteo.

Zeryna le dirigió una mirada oblicua.

—¿Sólo... la has acompañado? —preguntó escéptica.

—Mujer, soy muy discreto...

—Ya. —Ella suspiró—. En cambio, a mí, en todo este tiempo, ni siquiera me has dicho qué bonitos ojos tienes... Nada, como si fuese un poste.

Rand dio un respingo.

—¡Zeryna!

—Será mejor que no sigamos discutiendo el asunto —cortó ella con frialdad—. Aunque también puede que la culpa sea mía en buena parte. Debí ser más... insinuante...

—Yo no me atrevía a decirte nada... Además, estábamos muy ocupados en conservar el pellejo.

—Sí, es cierto, y ya no vale la pena seguir mencionándolo. ¿Qué más te ha dicho Slytia?

—Muchas cosas. Se ha mostrado enormemente locuaz. Era evidente que tenía ganas de desahogarse con alguien.

—Ha llorado sobre tu pecho, vamos.

—Algo parecido. Pero ahora, hablemos de otra cosa.

Rand metió la mano entre sus ropas y sacó una bolsita de tela cuyos cordones arrojó para verter su contenido encima de la mesa.

Unos tallos de hierba, ya seca, de color verde pálido, aparecieron a la vista.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó.

Zeryna tomó uno de los tallos y lo masticó pensativamente durante unos momentos. Al cabo de casi un minuto, fue al baño, lo escupió, se enjuagó la boda y regresó a la sala.

—No es la hierba de la verdad —dijo—. Se le parece mucho, pero es otra clase de hierba.

Rand sonrió.

—Es exactamente lo que me había figurado —manifestó.

CAPITULO XI

El primer concursante entró en el laberinto. Un cuarto de hora más tarde, apareció en la misma puerta de entrada, desconcertado y decepcionado a la vez.

—He fallado —adivinó.

Otro competidor le siguió a continuación. Li-Mbux y la mayoría de los consejeros se hallaban alejados del lugar.

El segundo también falló. Y el tercero y el cuarto y el quinto y el sexto.

Cuando el árbitro pronunció su nombre, Burtha, altiva, segura de sí misma, rebosante de orgullo, avanzó unos pasos.

Miró de soslayo al joven. Rand comprendió el sentido de aquella mirada. «La Flor es para mí», decía Burtha en silencio.

—Puedes pasar —indicó el árbitro.

—Gracias.

Burtha se llenó los pulmones de aire. Se había ataviado especialmente para la ocasión: un resplandeciente vestido de hilos de plata, corto de falda, no obstante, a fin de facilitarle el movimiento de las piernas. Rand adivinó el pensamiento de Burtha: aquel vestido era de la fiesta de su proclamación como jefe supremo.

Burtha avanzó hacia la entrada. El laberinto había sido construido con unos muros de excepcional grosor, más de dos metros, y su altura era superior a los diez. El que se adentraba en aquel lugar no podía ver nada más que las paredes, que estaban separadas por la anchura justa para permitir el paso de una sola persona.

Los muros, por otra parte, eran absolutamente lisos. Trepar a su remate superior, para ver la otra puerta, era imposible.

Burtha entró a paso ligero. A los cinco metros, el callejón dobló a su izquierda. Siguió trotando.

Seis metros más adelante, dobló a la derecha. Todavía avanzó

unos recodos más. Luego se detuvo un instante.

Miró adelante y atrás. Estaba sola.

Sonriendo, sacó un papel de su seno. Era el plano del laberinto y en él estaba el camino que debía seguir con un trazo rojo.

Ahora, sin prisas, reanudó la marcha, siguiendo escrupulosamente las indicaciones del plano. Fuera, los espectadores aguardaban pacientemente, frente a la pétrea fachada del laberinto.

El muro aparecía completamente liso. Cada vez que un competidor entraba o salía, se abría parte del mismo, mediante un mecanismo de resorte, accionado desde el exterior por el árbitro, en el momento de la partida, o por el competidor, cuando alcanzaba la señal que le indicaba que había llegado al término de su recorrido. Aquella señal, sin embargo, no decía si había ganado o no la competición. Sólo cuando se hallaba en el exterior conocía el resultado de su actuación.

Los minutos transcurrieron lentamente. Li-Mbux y los restantes consejeros permanecían en sus puestos, en un estrado especialmente levantado para la ocasión. En el centro se veía una gran caja cuadrada, de un metro de altura por treinta de lado.

Reinaba un silencio absoluto. Rand apreció que había muchos que confiaban en que Burtha se alzaría con la victoria. Miró una vez hacia el estrado y vio a Sordhuk que sonreía, pareciendo relamerse por anticipado.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Burtha llegó ante un callejón sin salida.

Al fondo se veía una especie de disco rojo. Burtha dobló el plano y lo guardó cuidadosamente en el seno. Luego avanzó, extendió la mano, presionó el disco y la puerta giró.

—¡He triunf…!

La voz se quebró súbitamente en su garganta.

—Lo siento —dijo el árbitro.

—Pero…

Burtha se sentía terriblemente desconcertada. ¡Había fracasado!

En la tribuna, Sordhuk parecía haber perdido el ánimo por completo. La derrota de Burtha era algo incomprensible.

—¿No..., no es la salida ganadora? —preguntó Burtha, con voz insegura.

—No, lo siento —contestó el juez—. ¡Zeryna, de Zryon! —llamó.

La muchacha adelantó unos pasos.

—Estoy lista —dijo.

—Puedes empezar.

La puerta se había cerrado automáticamente después de que Burtha la hubiera atravesado. El árbitro hizo funcionar el resorte y Zeryna pasó al otro lado.

Durante unos segundos vaciló. Cerró los ojos. ¿Y si Rand se había equivocado?

Fracasar, en una prueba incruenta, después de haber estado a punto de perder la vida en numerosas ocasiones, sería horrible. Pero ya no podía retroceder.

Un minuto después sacó el plano auténtico.

Afuera continuaba el silencio. Transcurrió un cuarto de hora.

Zeryna llegó a la pared donde se veía el disco rojo. Vaciló unos instantes; luego, empezó a dividir el plano en menudos trocitos que se metía en la boca a medida que los obtenía. Masticó con decisión, lamentando no tener a mano un vaso de agua. Pero había que hacer desaparecer algo que podría comprometerla gravemente.

Por unos instantes se dijo que lo que estaba haciendo no tenía nada de ético, que, en resumen, era una trampa..., pero, ¿quién había empezado a jugar sucio?

Deglutió con fuerza y el último trozo de papel pasó a través de su garganta. Luego alargó la mano y presionó el botón rojo.

En el lado derecho de la fachada, según la posición de los espectadores, se abrió una puerta. Zeryna apareció en el umbral.

Burtha tenía los ojos fuera de las órbitas. Su hermoso semblante estaba deformado por la rabia más absoluta.

El silencio fue roto súbitamente por un atronador griterío. El árbitro se acercó a Zeryna y le puso ambas manos sobre los hombros de la muchacha.

—Eres el jefe supremo y yo soy el más humilde de tus servidores —dijo.

* * *

En el estrado, Sordhuk se mordía los labios, pálido de rabia. Zeryna había encontrado la salida correcta y, no cabía duda, era la vencedora en la competición.

En cambio, Burtha había fallado. ¿A qué se debía el error?

Las indicaciones del plano no ofrecían duda alguna. Hasta un niño de pocos meses habría sabido encontrar la salida. ¿Por qué había errado Burtha su camino?

Pero Zeryna se acercaba a recoger ya el premio. Rand marchaba discretamente a un par de pasos de distancia. El juez llevaba de la mano a la muchacha.

—Acércate, Zeryna —dijo Li-Mbux.

Slytia estaba radiante. Una vez miró a Rand y le guiñó un ojo. El rostro del joven permanecía impasible, no obstante.

Había mucha curiosidad entre los congregados. Muchos de ellos no habían oído hablar siquiera de un país llamado Zryon y la inmensa mayoría no conocía a Zeryna.

Acompañada por el árbitro, subió al estrado. Li-Mbux sonreía afectuosamente.

Rand también subió. Alguien intentó protestar.

—Soy el ayudante personal del nuevo jefe —exclamó. Y apartó al inoportuno con majestuoso ademán.

—Has triunfado y mereces el cargo —dijo Li-Mboux—. A partir de ahora tú custodiarás el símbolo de tu autoridad.

—Gracias —contestó la muchacha—. Abre la caja, ¿quieres?

—Con mucho gusto.

Li-Mbux tocó unos resortes y la caja se abrió a ambos lados. Rand vio la Flor Verde y se quedó extático, sin aliento, incapaz de emitir una sola palabra.

Jamás había visto nada semejante. Sabía, sí, que el símbolo estaba hecho de un solo bloque de esmeralda, pero nunca hubiera supuesto que el artista hubiese sido capaz de elaborar una obra de arte como no debía existir otra en la Galaxia.

Tenía la figura de una rosa, pero sus pétalos eran verdes, así como las delicadas nervaduras de las hojas y las minúsculas imperfecciones y estrías del tallo, Estaba apoyada en una base de metal dorada y se sostenía por sí misma, sin apoyos laterales.

La transparencia era casi total. El artista había conseguido unos efectos sorprendentes, tallando el bloque original y apartando la materia innecesaria, hasta conseguir su obra. Rand no se atrevía a respirar; si lo hacía demasiado fuerte, pensó, podría quebrar los pétalos de la flor o partir el tallo. ¿Cuántos años de su vida había consumido el artista en aquella obra incomparable?

—Custodiaré la Flor y gobernaré Suddo con justicia, firmeza y virtud —dijo Zeryna solemnemente.

De repente, sonó un agudo alarido.

—¡No! ¡Esa mujerzuela no es digna de ser jefe supremo! ¡Ha hecho trampa!

Al mismo tiempo, un grueso pedrusco volaba por los aires. Antes de que ninguno de los presentes pudiera impedirlo, la piedra, alcanzó a la Flor y la convirtió en millares de fragmentos de color verde.

* * *

Lívida, desmelenada de furor, Burtha saltó al estrado y avanzó hacia los consejeros, que estaban paralizados por el asombro. Ni uno sólo se atrevió a reaccionar.

Slytia miró afligidamente a Rand. El joven le hizo un gesto disimulado. «No te preocupes», le dijo en silencio.

—Antes de que esta tramposa sea jefe supremo, he preferido destruir el símbolo —clamó Burtha—. Ella lo profanaría con su sola mirada. ¡Es una tramposa, insiste! Debe ser declarada fuera de

competición en el acto. Reclamo un nuevo concurso; la ley me confiere ese derecho…, pero ella, desde luego, quedará excluida y no podrá participar.

Li-Mbux empezó a recobrarse.

—Burtha, has lanzado unas acusaciones muy graves contra la vencedora —dijo—. Aparte del delito que supone la destrucción del símbolo, has pronunciado unas palabras que, me parece, no tienen justificación posible. Todos hemos visto que Zeryna entró y salió con absoluta libertad, sin trucos, como lo hicieron sus predecesores. Nadie la guió en su recorrido y no se sabe que haya podido tener ayuda ajena.

—Puedo demostrarlo —sonrió Burtha—. Es más, lo deseo.

—¿Cómo? —preguntó Li-Mbux.

—Sometiéndonos a ambas a un juicio de la verdad. Tengo derecho a ese juicio… y lo pediría si sospechase de cualquier otro competidor. Ella no puede negarse; lo dice la ley.

—¡Acepto el juicio! —contestó Zeryna. También estaba pálida, pero no sentía el menor temor.

Li-Mbux levantó una mano.

—El juicio se celebrará, ciertamente —manifestó—. Sin embargo, antes es preciso solucionar un problema. Has roto la Flor Verde…

—Haré que construyan otra —contestó Burtha orgullosa- mente —. Y entonces, no será profanada por el contacto de una impostora.

Rand miró un poco hacia su izquierda. Sordhuk se había recobrado.

Sonreía.

«Especie de canalla», le apostrofó mentalmente.

Con discretos movimientos, se acercó a Sordhuk. No era el único espectador en el estrado. Muchos curiosos se habían acercado, atraídos por la discusión entre Burtha y Li-Mbux.

Dio un par de pasos más. Li-Mbux levantó ambas manos.

—El juicio se celebrará mañana, en el salón del Consejo —

declaró.

De pronto, Rand tropezó con un ligero saliente del pavimento de tablas y se inclinó a un lado. Para no caer, se agarró a Sordhuk.

—Perdóneme, señor...

Sordhuk le dirigió una colérica mirada.

—Fuera, estúpido —gruñó.

—Dispénseme. El suelo no está en buenas condiciones...

Rand se apartó con fingido apresuramiento. La gente empezaba a abandonar el estrado. Burtha pasó por su lado y le miró furiosamente.

Rand hizo un gesto de circunstancias. De pronto, vio algo que brillaba en el suelo y se agachó para recogerlo. El trozo de pétalo de la Flor Verde saltó un par de veces en su mano.

Aly Slytia se le acercó, llena de congoja.

— Oh, Duffy, mañana se descubrirá el «pastel»...

Rand sonrió suavemente.

—No temas —dijo.

Zeryna se aproximó también.

—Mañana sin falta, después del juicio, seré conducida a los Montes de la Muerte y abandonada allí para el resto de mi existencia.

—Creo que estás equivocada —contestó él—. No será a ti a quien destierren.

—Podéis venir a mi casa —invitó Slytia—. Hay habitaciones de sobra y estaréis más cómodos que en el hotel.

—Es una buena idea —convino Rand—. ¿Te parece bien, Zeryna?

Ella le miró con curiosidad.

—No sé...

—Acepta —dijo Slytia—. Te lo ruego como amiga, no como futura súbdita.

—Estaremos más seguros que en el hotel —declaró Rand—. Recuerda a Eshdor…

—Pero… ¿qué pasará cuando tenga que decir la verdad? —preguntó Zeryna afligidamente—. La droga me hará ser sincera…

—Habrá sinceridad —dijo Rand con acento enigmático.

CAPITULO XII

Lo que has hecho es una trampa indigna —exclamó Zeryna violentamente—. No puedo aceptar; diré que me retiro y que no quiero ser juzgada...

—Ya no puedes dar marcha atrás —dijo el joven inflexiblemente —, Estarás presente en el juicio y mentirás.

—Y lo dices así, con toda la desvergüenza...

Rand se encolerizó.

—¿Que crees que han hecho ellos desde el primer momento? —gritó descompuestamente. Alargó la mano derecha; sujeto por el pulgar y el índice, se veía el trozo de pétalo verde—. ¡Mira, la primera trampa! No es esmeralda auténtica, sino vulgar vidrio verde.

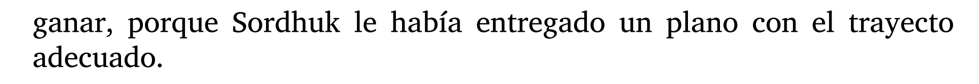
Slytia saltó en su asiento.

—¡Duffy! ¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy. —Rand sonrió—. En la Tierra, por mi oficio, aprendí a conocer bien las piedras preciosas. No me ha hecho falta siquiera una lupa; salta a la vista de inmediato que es una falsificación.

—Pero ¿por qué? ¿Quién tenía interés en esa falsificación? —preguntó Zeryna, que no acababa de entender muy bien las intenciones del joven.

—Está claro —respondió él—. Burtha ambicionaba el cargo, de modo que, en cuanto murió su padre, empezó a elaborar un plan que la condujera a la suprema jefatura. ¿Te has fijado en que, según todos los comentarios, ella es la única que no inició la búsqueda de la Flor? La inmensa mayoría de los competidores se dirigió hacia los Montes de la Muerte, porque estaban seguros de encontrar allí el símbolo. Pero Burtha no fue, ni siquiera se molestó en abandonar la capital. Todo el tiempo ha estado aquí, actuando subterráneamente y ganándose la voluntad de suficientes consejeros para que fuesen mayoría y así poder modificar las condiciones de la competición. El laberinto es terriblemente complicado, pero ella estaba segura de



ganar, porque Sordhuk le había entregado un plano con el trayecto adecuado.

—Y tú se lo cambiaste…

—Mientras dormía, copié el plano y alteré el camino, conduciéndola a la puerta equivocada. Tú recibiste el plano auténtico.

—Y me lo tragué —se lamentó Zeryna.

—Por tanto, no hay pruebas contra ti. Mira, esto es una cuestión de política y en política se miente más veces que se dice la verdad. Ellos están jugando sucio desde el primer momento. Han provocado la devaluación para su propio beneficio. Ya es una trampa, ¿no?

—Sí, claro…

—Y ese oro, además, no les cuesta nada, porque tu pueblo trabaja en las minas, esclavizado, sometido a privaciones y humillado por Burtha y los suyos. Puede que se trate de una cuestión interna entre dos pueblos, pero lo cierto es que doscientas mil personas están padeciendo injustamente. ¿No es también otra trampa?

—Empiezas a convencerme —sonrió Zeryna.

—Burtha influyó, o sobornó, tanto da ahora, a cierto número de consejeros, encabezados por Sordhuk. Se han producido ciertos cambios, ilegales al no haber jefe supremo. ¿Es o no otra trampa?

—A mí quisieron atraerme a su bando —terció Slytia—. Sordhuk me sondeó, pero hice oídos sordos. Otros, en cambio, cedieron…

—Por ventajas políticas o por dinero —dijo Zeryna.

—Quizá por las dos cosas —supuso Rand.

—Bien, pero ahora queda en pie un problema —exclamó la muchacha—. Mañana he de tomar la hierba de la sinceridad. Si lo digo todo, ¿qué pasará?

—Mentiras, insisto. —Rand se echó a reí, a la vez que lanzaba una bolsita de tela al regazo de la muchacha—. Ahí está tu hierba de la «mentira».

—Es la misma que me enseñaste el otro día —se sorprendió ella.

—La guardé, porque necesitaba construir una bolsita idéntica.

Slytia lo hizo y muy bien, además. Esa bolsita, con hierbas de la sinceridad, está ahora en poder de Sordhuk.

—No entiendo, Duffy.

—Está bien claro. Yo le quité el otro día la bolsita a Sordhuk. Tengo la seguridad de que creyó haberla perdido. Por tanto, es lógico suponer que iba a prepararse otra, con hierbas inofensivas y que esta vez tendría más cuidado.

Rand sacó una segunda bolsita y la arrojó sobre la mesa.

—Ahora, las hierbas que hay en la bolsa que tiene Sordhuk y que mañana entregará a Burtha, son auténticas. Burtha, por tanto, se acusará a sí misma y lo contará absolutamente todo en el juicio. Y tú, Zeryna, mentirás, pero por la justicia, mientra que ella ha mentido e iba a mentir por la injusticia. Si no sabes conocer la diferencia...

—Basta, me has convencido —atajó la muchacha.

—Duffy, ¿cómo has hecho esa pequeña maravilla que es el cambio de bolsas sin que Sordhuk se diese cuenta? —preguntó Slytia.

Rand sonrió alegremente.

—En la Tierra era una de las facetas de mi profesión —contestó.

* * *

De nuevo se había reunido el Consejo de Equidad en la sala de deliberaciones, una vasta estancia, de techo curvo, apoyado exteriormente en sólidos contrafuertes y, en el interior, en medias columnas cilíndricas, empotradas en la pared. Grandes ventanales circulares proporcionaban al lugar luz y ventilación suficientes.

Burtha entró, arrogante, la barbilla levantada, dueña por completo de la situación. Zeryna llegó a continuación, seguida de Rand.

Los ojos del terrestre se pasearon unos instantes por los trece rostros de los miembros del consejo. La palabra equidad resultaba un sangriento sarcasmo en aquellas circunstancias. El presidente, un hombre sin voluntad; seis miembros, al menos, se habían dejado sobornar, bien por promesas de mayores ventajas o, lo que casi parecía más seguro, por dinero. Y Sordhuk había sido la mano derecha de Burtha en aquella siniestra conjura.

Iban a hacer trampas, pero merecía la pena. En lo sucesivo, pensó Rand, procuraría influir en Zeryna para que hiciese algunas modificaciones en las leyes. Pero había tiempo.

Burtha avanzó hacia el estrado y lanzó una bolsita encima de la mesa.

—Ruego a los honorables consejeros comprueben si la hierba es auténtica —dijo.

Uno de ellos —no era Sordhuk— «¡Qué lista eres!», pensó Rand, probó la hierba y asintió a los pocos instantes. Zeryna hizo la misma operación y recibió igualmente la conformidad. Esta vez, sin embargo, fue Slytia la que hizo la prueba.

—La demandante y la demandada tomarán la hierba al mismo tiempo —dispuso Li-Mbux.

Con sonrisa desdeñosa, Burtha metió la mano en la bolsita, sacó mas briznas de hierba y empezó a masticarlas parsimoniosamente. Zeryna repitió la operación.

Transcurrieron algunos minutos en el más completo silencio. Li-Mbux movió una mano.

—Hable la demandante —ordenó.

Rand fijó la vista en Sordhuk. El consejero sonreía triunfalmente.

Burtha empezó a hablar:

—He intrigado para conseguir el cargo de jefe supremo. Persuadí a Sordhuk de que se uniera a mí y le convencí de que debía sobornar a suficientes consejeros para que la ley sobre la competición pudiera ser modificada. Los nombres de los consejeros son: Idl-Ruff, Varda, Romm-Ku, Slughu, Frartp y Trulia. Todos ellos aceptaron dinero mío, por mediación de Surdhuk, y asimismo votaron a favor de la ley de devaluación de moneda. Yo envié a mi ayudante Eshdor para que intentase asesinar a Zeryna de Zryon. Además, Surdhuk me dio un plano del trayecto que debía seguir en el laberinto, construcción realizada a mi sugerencia. Mi pueblo mantiene a Zyron en la esclavitud y obliga a sus habitantes a trabajar forzosamente en las minas. Eso es todo.

Reinaba un silencio absoluto en la sala. Decenas de ojos horrorizados se clavaban en el rostro de Burtha, que parecía ausente a

cuanto sucedía a su alrededor.

Li-Mbux parecía anonadado. Los consejeros que no habían tomado parte en la conjura, se sentían incrédulos. Las declaraciones de Burtha eran demasiado fuertes; nunca se hubieran imaginado nada semejante.

De súbito, Sordhuk pareció enloquecer.

Un aullido de fiera brotó de su garganta. Saltando por encima de la mesa, se precipitó hacia Burtha, antes de que nadie pudiera impedirlo. Burtha no se movió siquiera.

Algo brilló en la mano de Sordhuk. De la garganta de Burtha brotó repentinamente un grueso caño de sangre. La joven se tambaleó, a la vez que emitía un horripilante gorgoteo.

Rand se arrojó contra el consejero y lo derribó de un fenomenal puñetazo en la sien. Caída en el suelo, Burtha perneaba frenéticamente en sus últimas convulsiones con el cuello cortado de oreja a oreja.

Li-Mbux estaba paralizado por el espanto. Zeryna avanzó unos pasos.

—Yo he actuado legalmente, sin trampa —declaró—.

Li-Mbux asintió.

—Es tuyo —dijo.

—En tal caso, debo dictar mis primeras disposiciones. El consejo queda disuelto, hasta que se nombre otro. Las leyes sobre elección de jefe supremo serán modificadas más adelante —exclamó Zeryna con voz firme—. Queda revocada la ley sobre devaluación. Los consejeros que se dejaron sobornar serán sometidos a juicio.

Miró a Sordhuk, que rebullía débilmente.

—Tendrá que aclarar dónde escondió la auténtica Flor Verde, de acuerdo con Bertha. Después, será conducido a los Montes de la Muerte y abandonado allí para siempre.

Li-Mbux se inclinó reverentemente.

—Tú mandas. Nosotros obedecemos —contestó.

* * *

De cuando en cuando, Rand hacía un viaje y permanecía algunas horas meditando en el lugar adonde había llegado a Suddo por primera vez. Se preguntaba qué habría sucedido con la puerta, pero no acababa de encontrar la respuesta adecuada.

Unos meses más tarde, vio la puerta.

Alguien había hecho funcionar de nuevo la cabina de la aventura.

Rand permaneció largas horas frente a la puerta, sumido en hondas meditaciones. Sentíase inquieto, desasosegado, incapaz de tomar una resolución. Bastaría con que diera un solo paso, para hallarse de nuevo en la Tierra.

Al cabo de un rato, sin embargo, empezó a percibir nuevas sensaciones. Soplaba una ligera brisa, la temperatura era muy agradable y olía perfumes de hierba fresca y flores silvestres.

Su expresión se suavizó. Empezó a sentirse mejor. La sensación de melancolía se' alejó. Entonces comprendió dónde estaba su puesto y pensó que la Tierra era un planeta muy lejano, muy lejano...

Y los años empezaron a pasar.

* * *

—Este planeta parece deshabitado —dijo Clem Simmonsen, capitán de la astronave «Ultralux».

—Parece muy agradable —observó el hombre que se hallaba a su lado, frente a la pantalla de exploración—. Aunque esté deshabitado, puede ser habitable.

—Eso creo yo también, señor. Nosotros realizaremos las exploraciones pertinentes y usted, en su calidad de comisionado, podrá emitir el informe definitivo.

El otro asintió, a la vez que se frotaba la mandíbula.

—No me disgustaría quedarme aquí una temporadita, como representante del gobierno de la Tierra —manifestó.

—¿Por qué no? —rió el capitán Simmonsen—. Nadie más apropiado que usted para desempeñar el cargo, señor Bückhendorf.

—Gracias, capitán.

—Hay una cosa que siempre he querido saber, señor —dijo Simmonsen.

—¿Qué es, Clem?

—Usted... era policía y ahora...

Bückhendorf se echó a reír.

—Era moderadamente ambicioso. Empecé a intervenir en política...

—Comprendo. No lo ha hecho mal del todo, señor.

—Muy amable, capitán. ¿Cuándo aterrizamos?

—Ahora mismo iniciaremos la maniobra, señor.

La nave empezó a descender lentamente hacia el suelo.

A los pocos minutos, unas extrañas imágenes empezaron a aparecer en las pantallas.

—¡Santo Dios! ¿Qué es eso? —exclamó Bückhendorf, asombrado.

Cuando la nave se hubo posado en el suelo y la escotilla fue abierta, Bückhendorf, Simmonsen y los demás astronautas, contemplaron un espectáculo asombroso.

Había una compañía de honores, con su banda de música. Varios individuos tendieron rápidamente una alfombra roja, hasta el pie de la escotilla. Alguien lanzó una orden:

— ¡Presenten... armas!

Ciento veinte fusileros ejecutaron un movimiento perfecto, con absoluta simultaneidad. La banda de música rompió a tocar un himno de notas majestuosas.

Un muchacho de poco más de dieciséis años avanzó hacia los estupefactos viajeros.

—Bien venidos a Suddo, terrestres —saludó cortésmente—. Soy John Rand, príncipe heredero. En nombre de su majestad la reina, mi madre, y del príncipe consorte, mi padre, me complazco en ofreceros

la hospitalidad de nuestro planeta.

Bückhendorf tartamudeó.

—Gra... gracias... Alteza... No... nunca pudimos imaginarnos que... que aquí hubiese gente de la Tierra... Soy... el comisionado Bückhendorf...

John sonrió.

—El único terrestre es mi padre, señor. Tengo el encargo de conduciros a palacio, en donde se celebrará la recepción oficial. ¿Queréis acompañarme?

Bückhendorf consultó con la mirada al comandante de la astronave. Simmonsen asintió.

—Será un placer y un honor —contestó Bückhendorf—. Perdón, Alteza —exclamó de pronto—. Vuestro apellido es Rand, si no recuerdo mal.

—En efecto, comisionado. Es el de mi padre, cuyo nombre es Duffern.

Bückhendorf no pudo evitar una exclamación, lógica en aquellas circunstancias:

—¡Dios mío, las vueltas que da el mundo!

* * *

—De modo que embargaron el palacio de las aventuras —dijo Rand más tarde, en un aparte con Bückhendorf.

—Sí, pero nuevas leyes modificaron la situación política. El gobierno decretó que no era necesario que la gente comprase aventuras; se reactivó el programa de exploraciones interestelares... Señor, ¿me permitís que diga que habéis realizado aquí una labor asombrosa?

Rand sonrió.

—Sólo es una mínima parte de lo que me gustaría haber conseguido, pero tenemos muchos años por delante. Sí, conseguí que se fundara una monarquía hereditaria, pero dejando al gobierno las responsabilidades de la política y de la economía. Hemos construido

algunas fábricas y eliminado muchos inconvenientes, pero nos faltan vehículos de transporte, maquinaria, elementos sanitarios... Hablaremos más extensamente del asunto en otra ocasión, comisionado. Probablemente, nos interese firmar un tratado comercial con la Tierra.

—En la nave disponemos de transmisores espaciales —dijo Bückhendorf—. Podríamos ir anticipando detalles de la situación. Muchos terrestres querrán emigrar...

—Y aquí serán bien acogidos, siempre que respeten las leyes sudditas. Por supuesto, aceptaremos sólo a los que vengan a trabajar, no queremos vagos ni gente indeseable... aunque yo también lo fui en una ocasión.

Bückhendorf sonrió ladinamente.

—Oh, señor, aquello está ya más que olvidado... Por cierto, tengo que deciros algo. Cuando se prohibió la venta de aventuras, los locales fueron clausurados, aunque, como es lógico, se rescató a todos los que se hallaban al otro lado de su cabina. Hay una, sin embargo, que continúa en funcionamiento, esperando a que regrese su ocupante. Supongo que imagináis a qué cabina me refiero.

Rand volvió la cabeza. A cierta distancia, Zeryna, más hermosa que nunca en su madurez, conversaba interesadamente con el capitán Simmonsen.

Un poco más allá, un chico de trece años y dos muchachas, de quince y dieciséis respectivamente, charlaban animadamente con algunos de los tripulantes de la «Ultralux», inquiriendo constantemente detalles sobre la Tierra, sus habitantes y sus costumbres.

Aquélla era su esposa y los chicos eran sus hijos, pensó Rand orgullosamente. Y Suddo era su tierra.

—Comisionado, cuando regrese, ya puede ordenar que destruyan aquella cabina. Nunca más volverá a ser utilizada —contestó con voz firme.

FIN